

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.
Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina, y posteriores,
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.





La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial	3
<i>El detonante</i> (JUAN GUINOT)	5
<i>Soñando</i> (CARLOS RANGEL SANTOS)	13
<i>Los turistas</i> (E. VERÓNICA FIGUEIRIDO)	15
<i>"Reality show"</i> (YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET)	21
<i>Pesadilla</i> (PATRICIA K. OLIVERA)	25
<i>Una noche más</i> (RICARDO G. GIORNO)	31
Un libro singular (CRISTINA E. CHIESA)	33
<i>Autor, personaje</i> (DAMIÁN NERI OSORIO)	37
<i>Rastros</i> (CARLOS MORALES)	47
<i>Tres deseos</i> (CAMPO RICARDO BURGOS LÓPEZ)	49
<i>El "golem" de la "rue" Desaix</i> (ALBERTO TRIANA)	55
<i>Cuatro-Dos</i> (CLAUDIA CORTALEZZI)	60

NM

www.revistanm.com.ar

directornm@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com

<http://sites.google.com/site/revistanm> / www.facebook.com/RevistaNM

Dirección y grafismo:

SANTIAGO OVIEDO

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Revista de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan
la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**.

Safe Creative ID: 1304214982824

Se agradece por haber tomado parte en este número a: JACK MORENO,
PABLO SOLARES VILLAR y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "Hépcuple"
(TUT —<http://digitalesyanalogicaxx.blogspot.com.ar/>—)

—Los peones no retroceden, peón —dijo, sensual—. Nadie puede improvisar su marcha, ¿lo has olvidado?

Una sacudida detonó en mi base y se extendió hasta mi cabeza. Mi mirada perdía fuerza; el entorno se desdibujaba.

—Tienes miedo, peón —la oí decir—. Puedo olerlo.

—Dos. —Una voz desde mi otro costado—. Dos, soy Cuatro. No la escuches.

—¡Cuatro! ¿Seguís ahí?

—Acá, amigo. Resistiendo.

—Una lástima, peón —graznó la bruja, y soltó una carcajada feroz, que me aturdió—. Has perdido tu oportunidad. Es mi turno ahora...

La vi arrojar sobre mí.

Entonces —jamás sabré cómo— tironeé de Cuatro hasta lograr lo inconcebible: torcer las reglas para conseguir un enroque.

Ya en su puesto, me volví a observar cómo mi hermano —mi querido hermano Cuatro—, vencido en mi cabilia, se hundía en las fauces de aquella alimaña.

Poco más duró la batalla, creo.

Finalmente triunfante, mi ejército blanco no festejó.

Permanecí aislado. Necesitaba apagar el rumor creciente a mis espaldas.

—Un demonio —decía la torre del rey—. Un demonio en la familia.

Algunas frases; palabras.

—Ha contaminado la estirpe.

—Exorcismo.

Después, el eterno silencio. La displicencia.

Desde ese día, nadie me comunicó nada nunca. Desde ese día, ni siquiera la indiferencia me ronda.

© CLAUDIA CORTALEZZI, 2012.

CLAUDIA CORTALEZZI

(Argentina —Trenque Lauquen, Buenos Aires, 1965—)

Vive en Alejandro Petión, Cañuelas (provincia de Buenos Aires).

Miembro de La Abadía de Carfax, es la antóloga del tercer libro del grupo. Forma parte de Heliconia, editando textos para ciberbitácoras literarias.

Estuvo a cargo de la investigación y redacción de libros sobre temas diversos, publicados en la Argentina y Colombia. Coordina talleres de corrección literaria en narrativa.

Ha cosechado algunos premios. Varios de sus cuentos integran antologías en la Argentina, España y Libia, y también sitios literarios en la *web*.

Su primera novela, *Una simple palabra*, fue editada por Andrómeda en 2010.

En **NM** publicó "El Familiar" (# 15), "Aquellos ojos" (# 11), "Adefesio" (# 11) y "Con doble vuelta de llave" (# 23).

La actual colaboración apareció por primera vez en su ciberbitácora "Acomodando palabras" (<http://estilonarrativo.blogspot.com.ar/>).

compañero nada pudo hacer: la bestia lo derribó y avanzó bufando en dirección a nosotros, surcando el suelo.

Y oí que Cuatro susurraba:

—Por favor, Dos, no me dejes.

¿Pero qué podía hacer yo, por él y por mí? Seguía neutralizado; imposible defendernos de esos cascos que se nos venían encima.

De golpe resurgió de sus despojos Cuatro, le cortó el paso al jinete enemigo y logró herirlo de muerte con un certero cabezazo. ¡Me había salvado! Tan valiente, mi amigo.

Mi temblor disminuyó; respiré más calmo.

Pero aún no había paz. El eco de una carrera descontrolada se oía más y más cerca.

De entre el estrépito surgió un gemido apagado. Giré para ver: Cuatro ya no imploraba; se había aovillado en sí mismo.

Tras él—como una aparición—, la dama.

“No puede ser”, pensé; “mi dama ha muerto”. Entonces la figura se contorneó frente a mí, se desnudó de la polvareda. Y su efigie relumbró azabache.

Cuando Cuatro intuyó el peligro, volvió a enderezarse—en un grito de dolor que me acribilló las entrañas— y se dispuso para la defensa.

Volví la mirada a ella: diosa oscura, sublime... Flotaba por encima del exterminio. ¿Flotaba hacia mi posición?

Se alineó; desplegaría sobre mí su descomunal poderío. Y yo no atinaría a moverme. Necesitaba rozarla; eso me haría feliz.

—¡NO LA MIRES! —me gritó Cuatro—. La tienes a tu alcance: ¡MÁTALA!

¿Matarla?

—¡Vamos, mátala!

Matarla. Sería la primera vez que yo haría algo grande: matar a la reina oscura.

No. No podía. Ella era... Se desprendía tanta calma de los gestos de esa mujer... No, ama mía, no lo haré. Con gusto me entregaré a la muerte definitiva, en tus manos.

—¡¡¡MÁTALA DE UNA VEZ!!!

Cuatro tenía razón; debía aniquilarla. Pero, ¿cómo? Lo mejor sería escapar. Por un segundo logré despegar mi mirada de la diosa y vi que no había salida. Estaba cercado. Aunque no del todo; ¡sí que había una salida! El compartimiento libre, detrás de mí. Tal vez podría...

—¿Vas a retroceder, peón? —La reina de la noche cantaba para mis oídos.

—Soy un soldado—logré murmurar—, un... guardián.

El pie de ella había pisado el límite de mi privacidad; estábamos tan cerca uno de otro...

—Toma mi puesto, ama —me oí decir, incrédulo ante tal abyección.

No podía sospechar lo que me esperaba al final de la partida. Esa batalla trastornaría mis días para siempre.

—Mi vida es tuya, reina. —Mi voz era mi voz, aunque yo no dominaba las palabras.

—¡NO LA VEAS, AMIGO! —me gritó Cuatro, intentando rescatarme.

Con el mayor de mis esfuerzos, aparté la mirada. Y el imán de ella me soltó. Nos separamos en alma y cuerpo; salí despedido hacia atrás.

Desde la perspectiva sociolingüística, cada individuo tiene un idiolecto, un conjunto de peculiaridades en su habla que lo diferencia de los demás, básicamente resultante de un dialecto (relativo a lo geográfico), un sociolecto (definido por la extracción social) y un cronolecto (producto de las diferencias etarias).

En su relación con los otros, ese idiolecto se ve influenciado por ideoléxicos (concepto surgido de la teoría de los campos semánticos de JORGE MAJFUD; términos y construcciones moldeados por la ideología, que en estos tiempos tienen su ejemplo más claro en lo que se conoce como “políticamente correcto”).

Palabras que guiaban a las sociedades primigenias, como *honor*, *amistad*, *valentía*, *patria* y *familia*, fueron cediendo espacio a otras, como *libertad*, *igualdad*, *fraternidad*, *democracia*, *pueblo* y *justicia*. Los derechos constitucionales básicos inalienables, considerados de derecho natural, paulatinamente se fueron viendo rodeados por otros de “segunda”, “tercera” y “cuarta” generación, en las constituciones más modernas, muchas veces redundantes y a veces meramente declamativos.

Esas “generaciones”, en función del pensamiento “políticamente correcto” imperante, pueden llegar a multiplicarse. Si a eso se le suma la “ceguera selectiva” que los psicólogos CHRISTOPHER CHABRIS y DANIEL SIMONS estudiaron en 1999 y que divulgaron en 2010 en *El gorila invisible*, por la cual el cerebro no procesa todo lo que captan los sentidos, es fácil imaginar que esos bonitos términos pueden llegar a transformarse en una entelequia, teniendo en cuenta que desde el punto de vista filosófico eso representa “lo que tiene fin en sí mismo”, en tanto que en el habla cotidiana se transforma en una “cosa irreal”.

Tenemos, así, el surgimiento de “buenas” y “malas” palabras. Los ideoléxicos, según quién los emplee, significan una u otra cosa en función del oyente. El emisor se cuida al pronunciarlos, por el temor de cometer un “pecado mortal”, y generalmente no dice —o no se atreve a decir— lo que realmente piensa.

Las palabras, entonces, se vuelven armas contundentes e inmisericordes, menos caballerescas —y menos caballerosas— que un hacha de combate. La dialéctica se presenta como un campo de batalla donde se busca aniquilar al adversario sin efusión de sangre, pero desacreditándolo. El diálogo y la conversación se transforman en arengas de barricada. El discurso supera a los actos, al *factum*. De a poco, las palabras se van transformando en apariencia, en *imago*, en espectros de sí mismas; se convierten en *flatus voci*, las más de las veces prorrumpidas de manera visceral.

Ante esa situación, la degradación del lenguaje y la pobreza de pensamiento, que lleva a un estancamiento general en lo social y a una degradación en lo moral, se torna inevitable. Para el común, lo único que queda, entonces, es esperar lograr una vida que justifique una muerte o una muerte que le dé valor a una vida.

Para el individuo singular, en cambio, la opción es otra. Para un escritor, por ejemplo, las palabras —esas “putitas baratas”, en términos de ABELARDO CASTILLO— son las piezas de un juego que merece jugarse. Son medios para re-crear el Universo, para tender a lo sublime. Como en la alegoría de la caverna de PLATÓN, él es el prisionero que sale al exterior, para ver más allá de las sombras chinescas que proyectan unos pocos ilusionistas, y que luego vuelve para tratar de “liberar” a los demás. Según el texto de *La república*, cuando lo hace, los otros prisioneros no le creen.

Pero éste no es el caso. Sabemos que también está el lector, otro individuo singular, para acompañarlo. Los dos *hacen*. Uno desde la escritura; el otro, desde la lectura. Por eso **NM** suma su séptimo aniversario en este proyecto de ponerlos en contacto. Ambos —autor y lector— disfrutan de ese juego que les brindan las palabras. Herramientas, antes que fines en sí mismas.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 3.6. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4.33 y Gimp 2.8. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con jPDF Tweak 1.1.

seguida advertí un agitarse del suelo. Creí que uno de nuestros caballos... Y no me había equivocado: se trataba de un galope, del galope de un caballo renegrido. Los intrusos se multiplicaron, se ensañaron en su ímpetu. Acababa de iniciarse la primera gran batalla, y yo no lograba comprender tanta locura.

Durante aquella acometida no cesaba de preguntarme el porqué de tanto odio. Cuando al fin todo se volvió silencio, me descubrí de pie. Los pocos blancos que por milagro nos habíamos salvado permanecíamos de espaldas al victorioso ejército negro y sus gritos de algarabía. Permanecíamos frente a la figura ladeada —que nunca acababa de caer— de nuestro soberano. Advertí que habían derribado la torre derecha, que de mi familia quedaba poco más que una sombra.

Desde aquel lejano día —entre victorias y derrotas, de las que perdí la cuenta—, recorrí cada sector de este universo. Aprendí que el mundo es cuadrado y plano, y que tiene sesenta y cuatro albergues individuales que jamás compartiremos con nadie, ni amigo ni enemigo.

Un centenar de veces me mataron, y siempre regresé a la espera de una nueva lucha. En cada enfrentamiento, atacamos y resistimos hasta el extremo. Y, a pesar de la experiencia, nunca estoy listo para morir.

En aquel día ignominioso, testigo de mi infamia, me ubiqué en el tercer compartimiento, delante del alfil del rey, entre Cuatro y Seis. Por el rabillo logré otear a Tres, que se elevó y avanzó dos casilleros. Inmediatamen-

te el peón dama del otro bando lo enfrentó cara a cara. Una sacudida recorrió el campo hasta mis pies, y todo se precipitó con extraordinaria violencia. Mi alfil vecino me sobrevoló trazando una diagonal perfecta para ir a instalarse en la boca misma del lobo; ni terminó de apoyarse: una torre negra lo embistió, lo devoró.

Jamás había visto vacilar a una torre blanca, jamás me tocó presenciar el espantado retroceso de nuestro alfil dama, jamás un caballo aliado había mostrado un galope tan desparejo, jamás se había detenido mi reina a sollozar ante las ruinas.

Y yo no me había movido.

La devastación me envolvió, sofocándome de vértigo. Una polvareda —o cenizas, no sé— fue cubriéndolo todo, me cobijó. Cuando, tras un siglo de oscuridad, la nube se deshizo, vi que los sobrevivientes —muchos sujetándose las tripas— corrían de un lado a otro. Todos trabajaban. Todos menos yo, nuevamente cegado: amigos y enemigos se adivinaban iguales.

Volví a ver. Rodeado, así me descubrí. Rodeado de grises.

Oí un quejido familiar, un pedido de auxilio. Se trataba de un peón gris, cuya voz pronto reconocí: era Cuatro. Giraba sobre sí mismo esparciendo sangre; no lograba controlar la oscilación.

Un poco más allá —como en aquella primera batalla— un oscuro jinete hostigaba a mi señora. Sin piedad alguna la atravesó con su alabarda. Y cargó contra un caballo blanco, que con fervor suicida intentó bloquearle la entrada a nuestro reino. Mi

CUATRO-DOS

CLAUDIA CORTALEZZI

El suelo ya no brilla. Y mucho menos brilla para mí, un vulgar traidor.

Después de mi defección, nada importa. Me da lo mismo si el gris —esa lepra que nos quita lo mejor que tenemos— aquieta su avance o continúa implacable y voraz.

Ahora sé que hay cosas peores que observar cómo se va lavando el semblante atezado de los negros, cómo nosotros mismos perdemos el blanco.

¡Tanto disfrutaba familia y amigos! Y desde aquel día fatal me ignoran. Mil veces necesitan de mí, pero siempre se las arreglan para no llamarme. Pensar que en otro tiempo fuimos uno; ellos y yo. ¡Mi querida familia!

Hay entre los míos varias parejas de idénticos. Mi equipo son los ocho gemelos. Nacimos tan inmaculados como cada habitante de este sector

de mi universo. Una blancura que alcanzó a la tropilla, incluso a las torres del castillo.

Los gemelos tenemos la cabeza redondeada y un pie que nos sostiene bien erguidos, para que mantener la postura no nos distraiga de nuestra misión. Jamás nos apartamos del reglamento: avanzamos recto, matamos en diagonal. Nadie osaría violar las reglas; quién sabe cuál sería el castigo. Somos guardianes —todos: Tres, Cuatro, Uno, Ocho; hasta yo mismo, Dos—. Ofreceremos nuestras vidas por su majestad el rey y su reina, todas las veces que sea necesario.

Recuerdo que al principio, cuando mi mundo era nuevo, yo creía que los blancos lo poseíamos todo, que viviríamos felices por siempre. Entonces —lo evoco con una claridad que aún me estremece— vi aparecer al primero de ellos: uno negro. En-

EL DETONANTE

JUAN GUINOT

La Ingeniera mira a la pantalla; las pupilas se le ponen rojas-foto-con-flas. A la pantalla llega la señal del robot Foguar y la Ingeniera inicia el conteo decreciente. Lo hace a viva voz y lo refuerza con los dedos de la mano. “Diez, nueve...”. Al final dice “cero” y el meñique derecho cae demoledor sobre el botón táctil. Desde el exterior llega el sonido de la explosión. Suena igual a la de cada día, pero se siente distinto, como si debajo de esta casa comando hubiese pasado un subterráneo.

La Ingeniera no cambia la cara. Yo no voy a meter inquietud donde ella no la encuentra y me dispongo a hacer lo que vengo haciendo desde hace tres semanas, después de cada estallido: me acerco a ella, reprimo mis ganas de acariciarle el cuello y le digo que quisiera que me enseñe los secretos de la detonación minera.

Sin mirarme, y frunciendo la nariz, suelta: “Pasante, tiene que hacerse de abajo; para eso le falta mucho”. Y estoy por ponerme en insistente porque necesito saber qué pasa en esta mina de lago Puelo, porque llevo tres semanas camuflado en ropas de un pasante de Ingeniería y al final, por no conseguir la información que vine a buscar, termino enganchándome con la persona que voy a incriminar en la nota de la radio: la Ingeniera. Abro la boca para aguzar mi pregunta, pero mis palabras no van a salir, porque unos rasguídos, del lado exterior de la puerta, ensordecen. Después se suma un grito: “Patricio, abrí; soy Luciana. Esto es un desastre”. Me quedo duro; hago que no es a mí a quien le habla esa voz de mujer; miro la nada por una ventana que, como en toda detonación, tiene las persianas metálicas bajas.

La Ingeniera nota mi nerviosismo; sus pupilas rojas-foto-con-flas me apuntan por el reflejo del monitor. Salgo disparado para la entrada; prefiero tomar la puerta por el picaporte, hacerme del control de las cosas. Abro la puerta. Luciana se me tira encima; los dos rodamos por el piso y terminamos tirados a los pies de la Ingeniera. Por entre la lana colorinche de Luciana veo a la Ingeniera que, con gesto de incompreensión, me pregunta: “¿Qué hace esta oveja adentro del comando?”.

Voy a decir: “¿Qué oveja?”. Porque bien sé que, cuando no tenés respuesta, lo mejor es negar la pregunta, pero Luciana, la oveja, me tapa la boca con su pata delantera y le dice a la Ingeniera: “Hace unos días que vivo con él”.

La Ingeniera se queda dura. Alternando su mirada entre la oveja y yo; al final me clava sus ojos. “¿Me está haciendo una joda?”. Y Luciana la cruza: “Ingeniera, acá la única que está jodiendo las cosas son vos. Y, prestá atención a esta oveja, como tengo más de animal que de humano y puedo percibir los desastres naturales antes que ustedes y...”. No termina la frase porque todo se mueve. Las paredes parecen de goma, explotan los vidrios de la ventana, el piso es una gelatina, se oyen chirridos metálicos. Ruedo por el suelo y topo contra el escritorio de la Ingeniera. El monitor de la Ingeniera no se estrella porque lo atajo. Los estertores paran.

Debajo del marco de la puerta están la Ingeniera y Luciana. No se quitan la vista de encima. La oveja tuerce el cogote para apuntarle a la

Ingeniera con una trompa que no abre mientras habla sin mezclar palabras con balidos: “Ingenierita especializada en explosiones mineras, ¿entendés lo que te quiero decir? Con tus dinamitas acabás de abrir la puerta del infierno; el mundo se va al carajo”.

—¿Qué es este bicho? —me interroga la Ingeniera, ninguneando a la pobre de Luciana, que no hizo nada malo; pero, como bien sabemos los periodistas, el medio es el mensaje. Entonces lo que preocupa es que ella sea una oveja colorinche ventrílocua y no lo que viene a contarnos. Y, como no estoy dispuesto a declarar sobre tenencia de oveja, simulo estar interesado en acomodarle a mi jefa los elementos de trabajo; reinstalo el monitor, pongo cara de que no vaya a ser cosa que se salte algún enchufe, acomodo papeles sobre su escritorio. Me llega su voz mandona: “Pasante, no se haga el distraído; tiene tres segundos para darme una explicación”, e inicia una cuenta regresiva con voz y dedos: tres, dos, uno. La oveja se pone en dos patas y le apoya las pezuñas sobre los pechos. “¡Pará, loquita! No hagas más cuentas regresivas que para vos cero es sinónimo de reventar montañas. ¿No estás contenta con lo que hiciste? Tu empresa quería el oro; bueno, ahora que lo tienen no te sirve para nada. Nos vamos al carajo”.

Y la Ingeniera mira a la oveja a los ojos. Estoy seguro de que ahora entiende que la oveja es una ventrílocua, que habla para adentro sin mover la trompa; debe de sentir la panzota de Luciana sobre sus muslos.

din también fue un relojero de Tours (la ciudad donde nació el escritor Balzac, el que describió la expedición francesa del general Dessaix al Alto Egipto). El *golem*, en realidad, serviría como arma, como una amenaza; una superstición traída como depurativo ideológico ante la Gestapo, la policía secreta alemana. Sobre todo por una frase resaltada en el diario del joven K., atribuida al general Dessaix: “Está maduro para caer este Imperio; el régimen militar es como un cadáver y sólo hace falta enterrarlo...”.

XII

“Al parecer (dijo Le Brun, citando a Descartes), pienso, luego existo...”. Según la tradición de Praga, un *golem* se deshace borrando las letras de su frente. El francés desbarató el caso con las mismas pistas y notas del diario de Joseph K., poseído hasta la medianoche por el demonio del análisis, atenido a su etimología pla-

tónica: *dæmon*, voz interior. Confiaba en su propia filosofía de ajedrez; quizá invitaría una partida al anciano B. Domecq. De una sola llamada avisaría a Interplan para señalar al principal sospechoso del asesinato y ver cómo sería su posterior arresto. Aunque Le Brun en su razonamiento sólo tomó en cuenta dos ciudades, París y Praga (menos Egipto y Argelia), con sus dos ríos, el Sena y el Moldava (menos el Nilo), así como el pato y el *golem* argelino del mago Robert-Houdin, pero únicamente el pato del joven K. (¿dónde estaba su *golem*?), no sabía que alguien había ocultado que al cadáver reportado por el *Combat*, al de la *rue* Dessaix, le faltaba una parte del cerebro, extirpada por la boca y los orificios nasales. Mientras Le Brun se retiraba de la habitación satisfecho, una extraña figura lo seguía en medio de la oscuridad azul de los pasillos del edificio Croix-des-Bouquets...

© ALBERTO TRIANA, 2013.

ALBERTO TRIANA
(México)

Ingeniero y periodista de Torreón, en **NM** publicó “En el mar Tirreno” (# 24).
Administra la ciberbitácora artefactoblog.wordpress.com y su dirección de correo es alberto17tr@hotmail.com.

Era ya de noche, se percató. Sacó su cámara para fotografiar posible evidencia. Aunque estaba al borde de la ilegalidad, poco le importaba, pues el joven K. daba la apariencia de ser un pueblerino, un necio demodé por sus ropas y su sombrero de bombín; le gustaba coleccionar toda clase de artilugios: tableros de ajedrez, relojes, cronómetros, extraños mecanismos, animales disecados, algunas *matrioshkas* (muñecas rusas que se guardan una dentro de otra). Sin duda era muy extraño, aun a los ojos cosmopolitas de Le Brun. Joseph K. viajó de su ciudad, Praga, a París, hospedándose siempre en los hoteles más baratos, pagando la renta al vender sus relojes y artificios.

IX

Tras una hora de estar revisando la habitación K, Le Brun descubrió una identificación de Joseph K. como trabajador en el Departamento de Aguas y Servicios Públicos de París. Ya había sido arrestado anteriormente, para luego ser el hazmerreír de la policía local con sus baratijas de feria combinadas con supercherías; aunque también tenía notas de mecanismos elaborados, quizá como resultado de su oficio como relojero. Su primer animal eléctrico, al parecer, fue un pato (como la mascota mecánica del mago Robert-Houdin). Este caso le recordaba a Le Brun un cuento de Poe: "Maezel, el ajedrecista". Por lo visto, el joven K. ya no parecía un cándido pueblerino; era cultísimo, aficionado a la historia, la anatomía,

la fisiología, la zoología comparada, las letras y la música clásica, capaz de ensamblar y desarmar complicados artilugios, incluyendo pequeños explosivos caseros (¿como para derribar puertas y paredes?).

"Polvo eres y en polvo te convertirás". A René Descartes tampoco le satisfacía la ciencia de su tiempo, debido a su determinismo. Para el filósofo, el árbol del conocimiento tenía raíces metafísicas, mientras que su tronco y las ramas eran las demás ciencias. El francés se interesaba por las máquinas antropomorfas, los autómatas (como la burguesía de su tiempo se interesaba por los sirvientes mecánicos); decía que la diferencia que hacía funcionar a los muñecos venía del exterior, mientras que a nosotros nos gobierna el alma desde los pensamientos, que se comunican con la máquina corporal a través de una glándula situada en el centro del cerebro... (Del diario de Joseph K.).

Le Brun creía anticiparse al ajedrez de Joseph K. Según las notas de los diarios, al joven K. le tomó doce horas preparar su truco de ilusionista, pues tal era el tiempo requerido para estos actos desde que trabajaba como relojero en la medieval Torre de la Pólvora en su natal Praga, atravesada por el río Moldava, al igual que París por el río Sena. El mago Robert-Hou-

—Oveja tener razón —dice Foguar, el robot coloca-explosivos, que ingresa por la puerta abierta. El robot está de regreso de su misión: meter un racimo de cien cartuchos de dinamita en la ladera de la montaña, esa ladera que el meñique derecho de la Ingeniera acaba de hacer detonar. El robot Foguar detiene su roleo a mitad de la sala de comando de la Compañía Minera y se dirige a la Ingeniera—: Meter dinamita donde haber oro y meter la pata; suelo abrir, volcanes explotar. Oveja Lucciana decir verdad.

—Foguar, ¿también conocías a esta oveja? ¿Por qué no me lo dijiste? Sabés que odio ser la última en enterarme. Acá soy la Jefa; no quisiera perderte la confianza y tener que mandarte de vuelta a Japón —dice la Ingeniera, mientras vuelve a preocuparse por el mensajero y encara al robot que rola dos pasos para atrás.

El robot percibe que es mejor abrir la boca. —Lucciana ser oveja del campo de Benetton. Benetton desarrollar oveja cruzada con humano y papagayo para sacar lana con forma de pulóver colorido y al molde de hombres. Así Benetton ahorrar; tener producto sin fábrica. Lomo de Lucciana ser talle L.

La oveja mira a la Ingeniera y mueve la cabeza afirmativamente, avalando todo los dichos del robot Foguar, pero de su panza no sale una palabra. Mi jefa se pasa la mano por la frente, ojo y boca; después de un suspiro, se la toma con el robot.

—Foguar, después, vos y yo vamos a tener una larga charla. —La

jefa está enojada pero, por fin, muestra una fisura en su modo pétreo; le brota un microgesto de sensibilidad que me hace recordar lo enamorado que estoy de ella. Para recuperar un poco de protagonismo, digo que la urgencia dicta que no es momento de pelear. La Ingeniera vuelve a su rigidez y me apunta con el dedo índice.

—Vos tampoco te hagas el... —Y no puede seguir con su reto, porque un nuevo temblor hace del cemento goma y nos sacude de un lado al otro. El movimiento cesa y estoy encima de la Ingeniera; más precisamente sobre la espalda, con mi nariz metida en sus pelos. Separo mi cara de su nuca, le saco de entre sus cabellos negros unas escamitas de pintura que llovieron desde el techo, apoyo mi palma sobre su cuello; se lo acaricio. El robot Foguar rola hacia nosotros; escucho que saca una dinamita e intento despejar cualquier error de interpretación. Miro al robot y le digo con voz de médico de serie de televisión que la Ingeniera tiene pulso, que no hay de qué preocuparse y la oveja Luciana, guarecida debajo del escritorio de la Jefa larga, socarronamente: "Qué bueno, 'doctor' Patricio". Y corona su ironía con un balido.

—Bien, vamos a organizarnos —ordena mi bella Jefa con la voz ahogada, porque tiene los labios pegados al piso—. Primero salga de arriba mío.

Me pongo de pie; le doy la mano para que se levante. Una traza a huevo podrido se cuela por mi nariz.

—Las máscaras, rápido, las máscaras; esto es azufre —grita la In-

geniera y el robot Foguar abre dos laterales y dispara una máscara con un tubo de oxígeno para mí y otra para la Ingeniera. Me calzo la banda elástica por la nuca, tapo mi nariz y boca con la máscara; enciendo el paso del oxígeno.

La oveja está desparramada en el piso; parece una alfombra. Sobre el lomo está el monitor de mi jefa, que volvió a caer y, nuevamente, se salvó de explotar porque fue amortiguado por la lana colorinche de Luciana. Quiero darle una mano, pero mi tranco es inestable; me tiro al piso y trato de llegar a ella garrapateando. El robot Foguar me pasa por el costado. A ras del piso miro cómo el robot opera el hocico de la oveja con una pinza y con la otra (en alta temperatura) dilata el plástico de la mascarilla que, una vez alargada, calza en la trompa de Luciana.

La oveja mira con ojos lacrimosos y le pido que no me hable y ella, para darme tranquilidad, mueve el rabo pomposo de color fucsia. Me siento en el piso y hago un recorrido gran angular del comando. Todo está derruido. Hasta el logo de Compañía Minera, hecho en oro puro, se partió en mil partículas doradas por culpa de los sacudones de la tierra. Con la mano derecha reacomodo la mascarilla, recupero el aire, reordeno mis latidos.

Escucho un sollozo. Es de mujer. La que llora es la Ingeniera. Giro sobre mi isquion derecho y veo a la Ingeniera apoyada contra el marco de una ventana sin vidrios y con las persianas metálicas plegadas a un costado como si fuesen masa de hojalbre.

Hasta triste me gusta. Debería aprovechar el momento para largar todo, contar la razón que me llevó a hacerme pasar por Pasante de Ingeniería para entrar a la Compañía Minera e investigar el negociado sucio de la extracción de oro a cielo abierto. Si se entera de que soy periodista, estoy seguro de que se interesará en mí.

Me pongo de pie; me le acerco arrastrando las suelas para que se dé cuenta de mi movimientos y logro mi cometido. "Patricio, estamos solos". Me dijo Patricio, no Pasante. El corazón me late. Retomo valor. Éste es "el" momento; ese instante histórico que precipita un amor, y que luego se contará a hijos y nietos como esa anécdota basal de una relación amorosa para toda la vida. Doy dos pasos al frente y me quedo mudo porque veo más allá de la cabeza de la Ingeniera. Al otro lado de la ventana, donde deberían estar el lago Puelo, la cadena montañosa con cumbres glaciares, los bosques de pinos, en lugar de todo eso ahora hay un extenso mar cubierto por un cielo de bruma sulfurosa, por donde no pasan los rayos del sol.

—De eso les quería hablar cuando entré corriendo —dice Luciana, paradita en dos patas a mi lado, con las manitas y pezuñas apoyadas en el marco inferior de la ventana y su hocico, con máscara, asomado al exterior. La oveja sigue con su tono reflexivo—: Se lo vengo diciendo a Patricio desde hace una semana; por eso me escapé del campo de Benetton. Pero este tortolito sólo tiene corazón y ojos para...

consecutiva. "Posiblemente algún nombre de Praga", dijo Le Brun, pero el portero afirmó: "EMETH significa 'verdad'; lo sé por un crucigrama del periódico". Le Brun agradeció el dato, mientras en su interior deseaba que en el *Combat* nunca pusieran acertijos, chismes de farándula y vodevil ni notas de sociales. Ahora Le Brun está como Teseo en la entrada de un laberinto.

VI

DIARIO "COMBAT" DE PARÍS:
"ENCUENTRAN OFICIAL ALEMÁN
MUERTO EN LA RUE DESAIX".

Le Brun vio el titular del periódico amarillento junto al teléfono, en la recepción, envejecido prematuramente. El occiso presentaba golpes y contusiones en su cuerpo. Sus ropas y cabello estaban llenos de tierra; la cara quedó desfigurada, con la boca y los orificios nasales cubiertos de lodo, como una momia del museo, y una nota anónima en su bolsillo hecha de letras de periódico recortadas, con la advertencia: "Polvo eres y en polvo te convertirás". De esa primera plana de principios de agosto del *Combat* venía el miedo irracional hacia esos rumores del *golem*, descrito como una figura de dos metros de altura y una gran fuerza, casi hidráulica, como el peso de la corriente del Sena. Domecq insistía en que el joven K. regresaba por la noche con bultos de tierra; temía que fueran del Cementerio de la Piedad. El an-

ciano era muy supersticioso, chapado a la antigua. Pero Le Brun no se confiaba; le recordaba a su padre.

Scenes de la vie militaire

André Le Brun nació cerca de París. Su padre era un inmigrante argelino que llegó a ocupar un importante puesto diplomático en América Latina; incluso escribió un libro, *La révolution au Mexique* (en el país de las pirámides). André temía que en esta segunda guerra se repitiera el desastre napoleónico. Era famoso por resolver los casos a pura deducción, sin utilizar su arma (en lo posible), sin necesidad de tortura o violencia. Su rostro, de bronceado mediterráneo, en el tenue amarillo parisino del edificio Croix-des-Bouquets, era joven e idealista; por eso trabajaba en el diario *Combat*. Le Brun, en su intuición, siempre tenía la razón, como Malraux sobre las formas de Grecia. Schubert le dio sus momentos musicales.

B. Domecq tenía razón; el edificio Croix-des-Bouquets era un laberinto habitacional caótico. El anciano tardó mucho durante la tarde en encontrar las llaves de la habitación K, pues tenía un grave problema en la pierna; quizá la polio B (contraída antes de la primera guerra, de seguro). "Pobre (pensó Le Brun), no podría huir en esta segunda guerra".

chaba de un extranjero, Joseph K., un relojero de Praga, aunque nunca lo habían podido vincular por completo a la escena del crimen, la cual simplemente no tenía lógica alguna. También sospechaban del portero del edificio, un anciano que cojeaba, de nombre B. Domecq.

III

El agente secreto

Le Brun decidió tomar el caso después de comer a mediodía en un café parisino con su secretaria. Cerró su apretada agenda con recortes del periódico *Combat* y algunas anotaciones relevantes del diario de Joseph K. (decomisado por oficiales franceses), y revisó su pistola automática PPK, con un par de cargadores en su abrigo. También tenía una cámara Eastman-Kodak, para fotografiar evidencias. Antes de irse hizo un par de llamadas a sus superiores. Interplan se formó para hacer frente a la Gestapo, la policía secreta alemana, pero no daba identificaciones; todos se conocían a través de la mirada en un edificio burocrático en el centro de París. A veces, en sus reuniones, los de Interplan parecían una sociedad secreta.

El edificio Croix-des-Bouquets es una antigua construcción alta, burocrática en sus formas pero de estilo neoclásico francés, con pasillos ajedrezados

en su interior y columnas dóricas en su exterior. Durante la Primera Guerra Mundial había albergado a la Compañía de Seguros contra Accidentes de París, pero quebró por una serie de accidentes en una mina argelina donde quedaron sepultados decenas de trabajadores y, aunque no se hicieron las indemnizaciones debidas, la ruina sin dueño fue convertida en un hotel por el gobierno, motivo por el cual se decía que había una especie de maldición sobre los administradores.

Por la tarde, Le Brun quiso inspeccionar el edificio, pero el portero, B. Domecq le advirtió que las habitaciones no tenían números, sino letras, sin un orden establecido entre los pisos, y que era fácil perderse entre los niveles y los pasillos si no se conocía el hotel de antemano. La administración pasada, inexplicablemente, nunca quiso cambiar esta nomenclatura. Le preguntó al anciano por el joven Joseph K. y, a pesar de llevar una fotografía, era un completo desconocido en París. El joven K. era delgado, moreno, bajo de estatura, incapaz de ser el *monstrum horrendum* atribuido a los reportes de los inquilinos, pero tampoco el anciano portero podía ser el asesino de la *rue Desaix*. B. Domecq le dijo que el joven se hospedaba en la habitación K, pero que había noches en que lo había visto cambiar las letras de las puertas del tercer pasillo, formando la palabra EMETH de manera

Las palabras de la oveja se ahogan porque le doy una patada en las tripas y se le acaba el aire para su número de ventrilocua.

Para tapar el bache abro la boca y digo que no entiendo qué pasó con las montañas, el bosque, el paisaje andino-patagónico. Nadie responde. Mi incógnita se escapa por la ventana y cubre todo el paisaje. “Meter bomba, todo irse al bombo”. Ahora el irónico es Foguar, quien se nos sumó, pero a la derecha de la Ingeniera y, como no llega al marco inferior de la ventana, tiene extendidos los ojitos telescópicos para no perderse detalle de lo que acontece en el mundo.

Le digo al robot que a mí no me reclame nada, que el que mete las bombas es él y me retruca: “Ustedes inventar negocio de minería, robot trabajar como esclavo, humanos culpables”. Levanto el tono de mi voz y le explico a este aparato que no meta a todos en la misma bolsa, que a mí no gustan que me hagan parte de la masa, que conmigo no haga generalizaciones de especie y que en lugar de hacerse el desentendido se haga cargo de que es un manipulador de explosivos para minería y no un analista de los hombres.

—No seas agresivo con el pobre robot —dice la oveja, con aire recuperado—. Es como que digas que, como yo fui creada para soltar pulóveres colorinches, entonces, cuando uno que yo conozco me vino a pedir orejas para contar su drama amoroso, porque otra que yo sé no le daba bola... —Y calla porque se vuelve a quedar sin aire en la panza, por otro certero puntinazo de mi borceguí.

—Entendamos qué nos pasa. Lo del cielo debe ser por la explosión de los volcanes, pero ¿dónde están? Sólo veo mar. Si hay una realidad que debamos ver, está en mi computadora; síganme. —La Ingeniera retoma la iniciativa. Se acerca a la computadora; intenta dar con el servicio de Internet. Nada. No hace falta decirlo; si la computadora funciona es por el cargador eléctrico, que trae corriente por el generador a energía solar que, visto como viene de encapotado el cielo, no va a durar mucho tiempo. Internet no hay. La Ingeniera saca del bolsillo de su chaqueta el teléfono satelital y no consigue tono. Apoya el teléfono en el escritorio, se derrumba sobre la butaca y, con los ojos clavados en el monitor, declara abatida: “Se acabó. No hay Internet, no hay comunicaciones; es el fin del mundo”.

Le digo que no exagere y propongo encender mi antigua radio a pilas. Descuelgo mi mochila enganchada de una lámpara del techo y con la mochila viene la lámpara y estallan todos los foquitos al golpear contra el piso. Ya no tenemos luz artificial. El ocre de ese cielo sulfuroso y el destello de la pantalla son las únicas radiaciones lumínicas de la casa de comandos. Saco de la mochila mi radio, la enciendo y con suma delicadeza recorro el dial. Nada; ni una señal de radio. Acciono la perilla para pasar a FM, luego a onda corta y nada de nada. Pego mi oreja derecha al parlante de la radio; intento descifrar en el fritura del sonido un mensaje, aunque sea de otro planeta y nada. También me entra la desazón.

—Nos movemos —dice la oveja ventrílocua, con un manto de fría racionalidad que la Ingeniera y yo hemos perdido. Y, si bien no nos estamos moviendo, sé que Luciana dice las cosas momentos antes de que sucedan y les indico a la Ingeniera y al robot Foguar que se agarren de algo. Y dicho y hecho; ni bien termino de sugerir la acción, nos empezamos a mover. Voy a la ventana; el mar cubierto por la bruma azufre sigue ahí, pero el oleaje denota una gran inquietud del agua. No me arriesgo a sacarme la máscara. Nada de oler a huevo podrido. Pero doy un paso más; el espíritu de riesgo de un periodista de alma me gana y saco medio cuerpo por la ventana para ver hacia los costados. Me tiro para atrás, regreso la mitad de mi cuerpo al interior de la casa, giro sobre mí mismo y le digo a la Ingeniera que hacia los costados sigue todo tal y como estaba antes de la explosión. Y se lo digo a ella porque quiero impresionarla. Viene hacia a mí, los ojos le brillan; hasta me parece que debajo de la máscara la veo sonreír. Me hace a un lado y se cuelga de la ventana. Baja y se dirige a los tres, como para no hacer diferencias: “Lo que dice Patricio es cierto; estamos flotando en el mar, pero no estamos solos. Parece que nos despegamos del continente y nos desplazamos a toda velocidad”.

La sensación de movimiento se siente en mis tripas. Foguar se acerca a la ventana, saca al exterior sus ojos telescópicos, los extiende como dos metros, los repliega y confirma la teoría de la Ingeniera y agrega que va-

mos en dirección Sudeste. La Ingeniera, entonces, recupera el liderazgo intelectual; va a la computadora, abre un archivo y dice: “Lo que me contó papá es cierto; voy a demostrar al mundo que no estaba loco”.

No entiendo de qué va la cosa, pero como lo veo tan feliz, tan bonita así, prefiero plegarme a su estadio; tal vez el cambio de humor por fin nos una. Me acerco a su escritorio; me siento en el suelo, con las piernas cruzadas, y escucho su clase magistral, mientras Luciana y Foguar se acercan para seguir los dichos de la Jefa. Ella cuenta que hace diez años su padre había ido a investigar el lago Epuyén y que fue camuflado como un Monje. El papá de la Ingeniera tenía información confidencial que indicaba que los lagos Epuyén y Puelo continuaban por debajo de los Andes al Pacífico y por debajo de la meseta Patagónica al Atlántico, en un corredor submarino que funciona debajo del continente. Que, por sostener esa teoría, lo que menos le dijeron fue loco. La Ingeniera nos pasó una presentación en PowerPoint que duró treinta minutos. La verdad es que la mitad de las cosas me la perdí, pero lo importante es que ella creía que acá estaba ese corredor y quería descubrirlo, y al final, como ocurre con los hallazgos de la ciencia, sin quererlo, por una acción imprevista, descubrió lo que su padre no logró. Ella saca los ojos de la pantalla, nos mira con un gesto rozagante.

—¿No se dan cuenta? Esa última explosión rompió el hilo delgado que unía esta parte Austral del Continente; ahora la Patagonia argentino-chilena

EL “GOLEM” DE LA “RUE” DESAIX

ALBERTO TRIANA

Eugène Robert-Houdin era un joven universitario de Orleans que descubrió accidentalmente un libro de lecciones de espiritismo; se especula todavía si era el Alchymia de Livabius, el primer químico alemán. Cuando terminó sus estudios de arte se trasladó a Tours para aprender el oficio de relojero. A mediados del siglo XIX, el Segundo Imperio francés envió a Houdin a Argelia, como la expedición al Alto Egipto emprendida por el general Desaix, donde cayó un soldado provenzal en manos de los magrobinos y fue llevado por estos árabes más allá de las cataratas del Nilo y donde sobrevivió un militar con una pierna amputada, según “Una pasión en el desierto”, de Balzac. Se dice que en Medio Oriente Houdin aprendió a fabricar autómatas mecánicos (llamados golems), pero también a su regreso tenía que explicar sus trucos

de ilusionismo con metales imantados para que no lo acusaran de brujería las autoridades, como el truco de su pato mecánico... (Del diario de Joseph K.).

El primer contacto de Le Brun a principios de agosto con el *golem* del edificio Croix-des-Bouquets fue una descripción gráfica de sus devastadores efectos: puertas derribadas, mobiliario destrozado, paredes atravesadas, rastros de tierra y lodo por los pasillos, así como una veintena de reportes de los vecinos que habían visto a la criatura en plena *rue* Desaix, en medio de la oscuridad azul de París. Le Brun estaba acostumbrado a esta clase de casos desde que entró a Interplan. La policía local sospe-

en una oportunidad en que lo invitaron a una cena donde estaba presente el director del banco donde trabajaba, las náuseas que lo acometieron de improviso lo obligaron a marcharse del lugar. El tercer suceso fue que nunca más pudo volver a leer *Las mil y una noches*; en una ocasión que lo intentó experimentó unas arcadas tan violentas, que decidió que nunca más se aproximaría a ese libro tan repulsivo.

Así las cosas, cierta tarde, al llegar de su trabajo, Antonio tomó la lámpara dorada que guardaba en su sala, salió a la calle a caminar y la tiró en el primer bote de basura que encontró. Mientras el empleado bancario se alejaba, un mendigo que lo había observado se acercó al mismo bote de basura, hurgó en él, y finalmente tomó la lámpara dorada entre sus manos.

© CAMPO RICARDO BURGOS LÓPEZ, 2012.



CAMPO RICARDO BURGOS LÓPEZ
(Colombia —Bogotá, 1966—)

Psicólogo de la Universidad Nacional de Colombia, magíster en Literatura de la Universidad Javeriana, actualmente es profesor de la Escuela de Filosofía y Humanidades de la Universidad Sergio Arboleda, de Bogotá. Entre sus obras de ficción están *Libro que contiene tres miradas* (poesía), *José Antonio Ramírez y un zapato* y *El clon de Borges* (novelas). En el área de la crítica ha escrito *Pintarle bigote a la Mona Lisa: Las ucronías, Otros seres y otros mundos: Estudios en literatura fantástica e Introducción al estudio del diablo*. También compiló la *Antología del cuento fantástico colombiano*.

En **NM** 12 publicó "Tu mejor recuerdo". La actual colaboración apareció originalmente en **Interacción**, revista de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Libre de Bogotá, vol. 11, oct. 2011-2012.

se independiza de América para ser un continente que navega hacia su futuro.

Luciana larga un balido y la interrumpe: "Y si ésa era tu idea, ¿por qué no metía bombas por otro lado y nos ahorrábamos este apocalipsis?". Lo dice en ese tono desafiante que sólo las mujeres sacan cuando entre ellas se da un contrapunto. Le hago a la oveja un gesto con la mano izquierda para que se calme; no quiero que se pierda este momento de gloria para la ciencia.

—No echar culpa a mí, no ir a desguace a Japón por romper mundo, yo sólo cumplir órdenes —dice el robot Foguar y la Ingeniera, esquivando la mirada de la oveja ventrílocua, acaricia la cabeza de latón del robot Foguar.

—Amigo, yo no te denunciaría, pero si quisiera hacerlo no tendría con quién. Supongo que este problema que hemos ocasionado acá, al otro lado del mundo debe haber sido bastante interesante.

Le digo que no entiendo qué quiere decir y ella me responde: "¿Escuchaste alguna vez lo del 'efecto mariposa'? Bien, un pequeño aleteo acá, en la Patagonia andina, pudo haber generado un *tsunami* en Japón".

La oveja ventrílocua se pone en cuatro patas; el rabo fucsia está tieso.

—Le decís aleteo a tus bombas. ¿Ahora sos poeta?

Y le digo a Luciana que la corte, que no puede agredir a la Ingeniera, y me acerco a la Ingeniera para hacer fuerza común con mi Jefa y ella se separa cuatro pasos de mí y se pega a Foguar, el robot.

—Foguar, hacé un cálculo de velocidad y distancia. —El robot enciende cinco luces en la cresta de su carcasa y suelta: "En treinta minutos y dos segundos chocar con Islas Malvinas. Continente nuevo crecer. Antártida ser próximo impacto".

—¿No es increíble? Estamos rearmando el mundo a partir del Polo Sur; ¡somos la nueva generación!

La Ingeniera ahora habla mirando al exterior. La ventana devuelve una imagen desoladora; casi no hay luz, el mar trae consigo olas cada vez más altas. De las nubes de azufre empiezan a brotar rayos anaranjados. No sé; yo estoy loco de amor por ella, pero no tan loco como para no darme cuenta de que esto es un desastre. Para colmo, yo pensaba que era el topo adentro de la Compañía Minera y ésta era más topo que yo; con el cuento del oro trabajaba para comprobar la tesis del padre. Ahora que lo comprobó, todo bien con ella, ¿pero a quién le va a transmitir su hallazgo? "Y ya que te van los cálculos, robotito, ¿por qué no estimas cuánto tiempo nos queda de oxígeno?", rompe el hielo la oveja Luciana que, para estas alturas, tiene bastante hinchadas las pelotas. El robot Foguar enciende su corona de farolitos y suelta: "Quedar treinta y cinco minutos y diez segundos de oxígeno". Pregunta si no tenemos más máscaras y el robot responde: "Tubos de oxígeno quedar en depósito Starkuey de lago Puelo".

Zamarreo a la Ingeniera que está con los ojitos idos, tal vez imaginando cómo le cuenta a un auditorio de científicos que su padre era un genio.

Por fin sus ojos recuperan la órbita. Sus pupilas rojo-foto-con-flas me apuntan. Y no sé, toda la ira se me escapa. No puedo enojarme con ella. No tiene la culpa de todo; sobre todo, de haber domado mi corazón.

—Patricio, ¿qué me querías decir? —me suelta desde adentro de su mascarilla empañada y yo, que al fin de cuentas soy flojo cuando me enamoro, en lugar de recriminarle por lo que hizo, le agradezco que cumpla mi sueño de recuperar las Islas Malvinas. “No tenés nada qué agradecer”, me dice ella. Luego me pasa su mano por el pelo, me acaricia la mejilla, tira del elastiquito de mi máscara, juega con el dedo índice

a acariciar mi barbita de dos días y a tensar el elástico del lado izquierdo de mi cara. Su otra mano retira mi mascarilla. El olor a huevo podrido es horrible, pero no me importa; ella está sacándose su máscara y pega sus labios a los míos. Mete su lengua en mi boca. Y caemos al piso, abrazados. Las máscaras con sus tubos ruedan y se detienen donde la oveja Luciana y el robot Foguar nos miran, sin emitir palabras. Y cierro los ojos; quiero sentir este beso de la Ingeniera, este beso que me desarma. Quiero sentir este beso por toda la eternidad.

© JUAN GUINOT, 2012.

JUAN GUINOT
(Argentina —Mercedes, 1969—)

Nacido tres meses y once días antes de que el hombre pisó la Luna, licenciado en Administración, psicólogo social, máster en Dirección de Empresas, trabajó cinco años en el Estado para recaudar dinero y, luego, en una empresa para que la gente lo gaste en golosinas. Asistió al taller del escritor ALBERTO LAISECA. Relatos suyos participan de las antologías de cuentos *Panorama interzona*, *12 rounds*, *Timbre 2 - Veladas gallardas*, *Verso y reverso*, *Outsider 1 y 2*, *Cuentos por deportes* (Argentina), *Relatos del fin del mundo* (Bolivia), *Contos e crônicas para viagem* (Brasil). Colaboró en radio América, **Clarín**, **Tiempo Argentino**, **La Mujer de mi Vida**, **Casquivana** y **Próxima**, y en las revistas digitales **miNatura** (Cuba), **Marcha**, **No-Retornable**, **Axxón**, **WuWei** (Argentina), **Entropía**, **Alenarte**, **NCG 3660** y **Portal de CF** (España). Recibió distinciones en España y la Argentina.

2022 - *La guerra del gallo* (Talentura Libros, España) es su primera novela y fue finalista del premio Celsius de la Semana Negra de Gijón, 2012. Escribió el unipersonal “La Guerra del Gallo”, en cartel en Buenos Aires. Administra la ciberbitácora www.juanguinot.blogspot.com.

En **NM 18** publicó “La Pulpería de las Luces” y la actual colaboración integra la antología *Hasta acá llegamos. Cuentos sobre el fin del mundo* (El Cuervo, Bolivia).

seos que nunca serían penalizados. Igual podrías haber escogido matar a tres personas y ello nunca te sería contado como un delito. La ley de la lámpara es una excepción a las leyes humanas y eso es todo. No hay más qué decir.

Antonio quedó estupefacto.

—¿Por qué no me aclaraste eso ayer cuando apareciste? —protestó Antonio con cierto enojo—. Si me hubieras dicho eso, claro que hubiera elegido algún trío de tiranos o delincuentes para que fueran eliminados. No te hubiera dado la respuesta que te di.

—Dentro de las reglas de juego está no aclarar ese punto que mencionas —contestó el negro sin inmutarse—. Yo sólo me atengo a ellas. Pero, dime, ¿a qué trío habrías elegido?

Sin dudar un segundo, Antonio respondió.

—Hubiera elegido primero al presidente de Colombia; este país nunca ha tenido un solo gobernante decente y creo que desapareciéndolos a todos ellos, o al menos a uno, se prestaría al universo un servicio ejemplar. En segundo lugar, hubiera elegido al director del banco donde trabajo; una vez que tú estás dentro del sistema crediticio, de inmediato percibes que quienes mueven los hilos de las finanzas no suelen merecer el calificativo de seres humanos. En tercer lugar, te hubiera elegido a ti. Lo que tú haces me parece aborrecible y nefando. Puede que, a ojos de algún Dios, tú no seas considerado un criminal, pero a mis ojos lo eres en toda la línea.

El ser sobrenatural no pareció sorprendido con lo que proclamó Antonio. De hecho, permaneció impasible como roca.

—¿Puedo hacer otra pregunta? —dijo Antonio.

—No veo por qué no —manifestó el genio.

—¿Nuestra relación termina aquí? ¿Esto es todo?

—Esto es todo —aseveró el genio.

—¿No te veré más? —insistió el hombre.

—Ya has tenido tu oportunidad —declaró el genio.

Y dicho lo anterior, de nuevo el humo llenó la habitación y de nuevo, cuando Antonio pudo ver claro otra vez, todo estaba como antes de que el genio apareciera. Posada en una mesa, la lámpara dorada lucía tan indiferente como los demás objetos que allí estaban.

5

Los días siguientes Antonio frotó la lámpara en muchas ocasiones, pero ya nada acaeció. Por más que la resregó en cuanto manera pudo, nada aconteció. Le ocurrieron, eso sí, tres hechos curiosos. En alguna oportunidad estaba acostado en su dormitorio observando la televisión y entonces, al toparse con la imagen del presidente de la República en algún canal, no pudo reprimir las ganas de vomitar. Es más, por varios meses Antonio no pudo controlar el vómito cada vez que en la prensa o en la TV aparecía el primer mandatario de la Nación. El segundo evento extraño fue que,

viló Antonio—, de pronto los tres deseos sí podrían ser moralmente justificables. Él podría escoger la muerte de tres tiranos o de tres criminales reconocidos, y entonces las tres muertes serían tres favores que se le harían a algún pueblo o sociedad atormentada por los actos de tales malhechores. Es cierto que no le gustaba la idea de ser el determinador de tales muertes, pues, de todos modos, él no contaba con suficientes elementos de juicio para analizar cada caso, pero también, seguramente, esa circunstancia ya estaba contemplada en las reglas de juego con el genio de la lámpara.

Tras un reflexionar intranquilo y sin descanso de toda la noche, Antonio llegó a tres conclusiones. La primera fue que la respuesta moral por excelencia ante semejante situación era la de negarse a pedir las tres muertes. Así solicitara la muerte de tres tiranos o de tres criminales ya identificados, la verdad era que él no se sentía capaz de cargar en su conciencia futura con semejante peso. La segunda que, si se viera forzado a pedir tres muertes, sería la de tres tiranos o de tres delincuentes, de modo que los extravagantes deseos que concedía el genio al menos cumplieran alguna función social. La tercera, una conclusión peculiar. Era verdad que él detestaba a algunas personas y de buena gana les deseaba la muerte, pero su educación moral le impedía sucumbir ante tales anhelos. Por su conducta reprochable, algunos individuos le parecían dignos de morir, pero también tenía suficiente seso para saber que él no era la per-

sona llamada para hacer algo al respecto; si Dios existía —caviló nuestro oficinista—, era a Él, y no a Antonio, a quien le correspondía juzgar y actuar ante semejante dilema. Así pues, con el alma algo más tranquila, Antonio cumplió ese día su jornada laboral, volvió temprano a casa, hacia las diez p.m. se sentó ante la lámpara que estaba en la sala, y a las diez y quince minutos en punto volvió a brotar el humo que anunciaba que el genio estaba de vuelta.

4

Cuando el genio le pidió la respuesta para la que le había concedido el plazo, algo tímido Antonio le contestó que declinaba solicitar las tres muertes y acto seguido pasó a justificar su decisión. En ésas estaba cuando el genio lo interrumpió.

—No tienes que justificar nada —le espetó—. Tus deseos son tus deseos y para la ley de la lámpara eso basta. Ahórrate el discurso, pues nadie morirá.

Cortado de modo tan tajante, Antonio, sin embargo, retomó el hilo de la conversación.

—¿Podría hacer una pregunta? —planteó, y sin esperar respuesta la formuló—. ¿He hecho la elección correcta?

—No hay elección correcta o incorrecta —replicó el genio—. Yo pertenezco a un orden sobrehumano y tus consideraciones éticas no me tocan. Desde el principio de los tiempos fue establecido que seres como yo existieran y que concedieran de-

SOÑANDO

CARLOS RANGEL SANTOS

Un niño dormido soñaba con una tierra de dragones, donde había bosques con árboles grandes, que eran iluminados por un par de lunas sobre el cielo estrellado. Amaba estar ahí; podía jugar con otros infantiles que también descansaban. A ese lugar se llegaba si se era infeliz y además niño. Cuando no había alimento en casa, o no se tenían padres, o se vivía en un país en guerra, o en una tierra donde se obliga a los pequeños a trabajar como los grandes.

El tiempo en aquel lugar parecía alargarse; cuando el chiquillo descansaba y recorría el bosque con los otros, las noches daban paso a los días y éstos a las semanas, sin que ellos abrieran los ojos del mundo de la vigilia. Una vez que se despertaban, los niños con los que él compartía tiempo eran capaces de soportar la

vida en sus lugares de origen, a causa de los descansos prolongados en el bosque nocturno.

Pero, a veces, alguno de aquellos niños moría en su cama con el cuerpo cansado y hambriento, lleno de maltratos. Cuando esto pasaba, el infante podía quedarse en la tierra de las lunas dobles, donde podía mirar y pasear a su antojo.

Nuestro muchacho era uno de ellos: estaba enfermo y no tenía cura, o al menos en su país no podían concedérsela. Esa noche, mientras soñaba con el bosque iluminado por los dos satélites y jugaba, iba a morir.

El respirador comenzó a moverse de forma esporádica; era la hora. Él corría a esconderse, mientras una chiquilla de un país en guerra civil contaba los segundos en silencio, recargada contra un árbol. El

electrocardiograma comenzó a registrar fluctuaciones en el ritmo de los latidos. El niño se metió tras un arbusto, esperando no ser encontrado.

Murió.

La niña lo vio para después apuntar con el dedo. Él salió de su escondite y echó a correr bajo la luz nocturna de las lunas gemelas.

© CARLOS RANGEL SANTOS, 2012.



CARLOS RANGEL SANTOS
(México —Aguascalientes, 1987—)

Autor del libro de cuentos *La voz de los otros*, en **NM** publicó “No me temas” (# 17), “Departamento 9” (# 20), “La estatua” (# 22) y “La fiesta” (# 24).



—Espera un momento —insistió—, ¿en los cuentos de *Las mil y una noches* los genios no concedían deseos más positivos? Es decir, ¿no solían conceder dinero, fama o éxito en el amor?

—Esa pregunta ya la contesté antes —declaró el genio con expresión de tedio en el rostro—. Sólo agregaré algo más. *Las mil y una noches* y otra gran cantidad de antiguos textos orientales han sido tergiversados cualquier cantidad de veces; no te imaginas cuántas. Quizá alguna vez hubo genios que concedían dinero, fama o éxito en el amor, como tú afirmas, pero la verdad es que yo no pertenezco a esa especie. Yo te puedo regalar tres muertes en el momento en que tú me las pidas y, si no las deseas, simplemente declinas y yo me marcho. Para hacerte más fácil la selección, haremos algo simple. ¿Qué hora es?

—Las diez y quince de la noche —contestó Antonio, mientras miraba el reloj que llevaba en su muñeca izquierda.

—Pues bien —anunció el genio—, tienes hasta mañana a la misma hora para pensar quién será tu primer muerto. Reapareceré aquí mañana a esta hora y, si no tienes nada claro, sencillamente entenderé que declinas los deseos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Antonio inseguro.

—Entonces, hasta mañana. —Dicho esto, otra vez una nube de humo invadió el recinto, otra vez el hombre empezó a toser y otra vez, cuando acabó de hacerlo, el genio había desaparecido.

Aquella noche Antonio no pudo dormir. ¿Qué clase de disparate estaba ocurriendo en su vida? ¿Había soñado lo del genio? ¿Era realidad? En varias ocasiones, nuestro hombre se levantó y fue hasta la sala a contemplar la lámpara en silencio. ¿Cómo era posible que un objeto en apariencia tan anodino significara la muerte para tres personas? ¿De verdad ese genio podía matar a cualquier persona que el poseedor de la lámpara señalara? ¿Todo aquello era una farsa? Por un momento, hacia las dos de la madrugada, Antonio estuvo a punto de volver a frotar la lámpara para verificar que la anterior aparición del negro hubiera sido real, pero el recuerdo del ceño más bien malhumorado de aquel sujeto le impidió hacerlo. Igual, el genio había dicho que aparecería veinticuatro horas después y, por alguna razón, Antonio decidió que era más sensato creerle. Por otra parte, lo que el genio de la lámpara concedía era abiertamente inhumano y criminal. ¿Cómo era eso de matar a tres personas? La situación era idéntica a la de alguien a quien una organización mafiosa le concediera eliminar a tres personas que detestara. ¿Eso no era una incitación a delinquir? Al pedir sus tres deseos, ¿el humano que lo hiciera no se convertía de inmediato en el cómplice de tres asesinatos? Tal vez —pensó ilusionado— todo aquello era una gran charada y, si él escogía declinar las tres peticiones, se le concedería un deseo como premio por ser alguien decente y moral. Por otra parte —ca-

Ya en su vivienda, Antonio —que vivía solo— se preparó un café y, luego de tomárselo, se sentó en la sala a contemplar su lámpara por un momento. ¿Quién habría tirado la lámpara a la basura? ¿Por qué? La verdad era que el objeto estaba en buen estado; con una limpieza rigurosa y una brillada cuidadosa, sería un adorno perfecto. Así pues, Antonio buscó un trapito y, una vez que lo encontró, se sentó dispuesto a cumplir su propósito. Apenas nuestro protagonista frotó por primera vez el artefacto, algo impensado ocurrió. De repente, del pico de la lámpara brotó un humo blanquísimo que formó una nube y que provocó la tos de Antonio; una vez que el hombre dejó de toser, ante sus ojos azorados observó que un genio flotaba en la habitación y que lo estaba observando. Por un instante, Antonio pensó que estaba alucinando. ¿Qué era eso que tenía frente a él? ¿Se habría vuelto loco? ¡Ante él había un negro enorme del cual sólo se advertía el cuerpo desnudo desde la cintura para arriba y que de la cintura para abajo no se veía! El negro llevaba un turbante blanco sobre la cabeza, mantenía cruzados los gruesos brazos y lo miraba con expresión interrogante. ¿Qué estaba sucediendo? Antonio se frotó los ojos varias veces, pero al final pudo más la curiosidad que su pismo y preguntó.

—¿Quién eres? ¿Qué es esto?

—Soy un genio. A estas alturas de tu vida, ¿no es evidente? —contestó el negro con una voz que sonaba

a abismo, profundidades y cierta ironía.

—¿Cómo un genio? ¡Los genios no existen!

—Eso ya lo he escuchado tantas veces que no merece la pena refutarlo —replicó el negro—. Si no soy un genio, ¿podrías decirme qué soy?

Antonio no supo qué responder; por toda respuesta observó despacio la imponente figura y otra vez percibió que, de la cintura hacia abajo, el cuerpo de ese ser era invisible.

—¿Qué eres tú? ¿Qué haces aquí?

—Tú has leído muchos cuentos de *Las mil y una noches* como para que ignores lo que soy —comenzó el genio en tono que parecía algo aburrido—. Lo diré sólo una vez más y no lo repetiré: soy un genio, vivo en esa lámpara que has frotado, me has despertado y, antes de poder retornar a mi sueño, la ley me obliga a concederte tres muertes.

—¿Tres muertes? —preguntó asustado Antonio—. ¿No eran tres deseos?

—Creo que las diversas traducciones de relatos orientales que tú has conocido, para no herir algunas susceptibilidades, suelen alterar este punto. Pero por ahora no voy a ponerme a hablar contigo de literatura. El hecho es que tienes derecho a pedirme las muertes de tres personas y yo te las concederé.

Ante lo abrupto de la situación, Antonio tomó a quedarse sin palabras, pero tras un instante reanudó la conversación.

LOS TURISTAS

E. VERÓNICA FIGUEIRIDO

El ómnibus apareció repentinamente en una calle muy concurrida. Era de tamaño corriente, de un amarillo furioso, con franjas rojo fosforescente. Curiosamente, nadie pareció notar que algo extraño acababa de ocurrir. Quizá durante uno o dos segundos la gente lo miró intrigada para luego continuar con lo que estaba haciendo, como si la materialización de un enorme vehículo frente a sus narices fuera la cosa más común del mundo.

Alguno que otro llegó a notar, en lo profundo de su mente, que los pasajeros del ómnibus parecían algo artificiales, casi como si estuvieran pintados. Pero eso no era algo razonable, así que esos pensamientos no llegaban a nivel consciente.

Mucho se hubieran sorprendido de haber podido acceder al interior del vehículo.

Parloteaban excitados por todo lo que se les ponía delante. No podían escuchar lo que decían estos seres tan peculiares, pero eso no importaba, pues tampoco hubieran podido comprender su habla. Ya les habían aclarado que sí, que hablaban. Que cada comunidad tenía sus diferencias regionales, tal como en casa. Y que eso era un tema de continua discusión entre los lingüistas.

El/la guía indicaba los detalles pintorescos, con un leve movimiento de su primera extremidad superior. Era un discurso que repetía hasta el cansancio, con pocas variantes. Según lo que se encontraran, o la disposición del público presente. No importaba a qué momento o sitio llegaran, siempre era más o menos lo mismo.

El grupo que le había tocado en esta ocasión era particularmente dís-

colo. Había tenido que recurrir a amenazas cuando alguien intentó descender del vehículo justo frente a una pequeña multitud. Claro que las seudovergas no podían abrirse, pero había otras formas.

Mientras el vehículo recorría la comunidad que les había tocado en suerte, alguno comenzó a comentar en tono grosero acerca de las diferencias anatómicas entre las criaturas. Pareciera que no había comprendido el concepto de la reproducción de esta especie, y era de esos individuos que cuando no comprenden algo sienten que el otro está en falta. En este caso, las criaturas que venían a observar.

El/la guía tuvo que contenerse para no contestarle como se merecía. Pero... el cliente paga. El cliente tiene la razón.

A menos que ponga en peligro al programa.

Le habían dicho que cuidara al hermanito; sólo por un rato, le habían dicho. Y ya hacía más de dos horas que estaba clavado con el nene.

Le había hecho la merienda y ahora se suponía que le tenía que ayudar con los deberes. Pero eso no entraba en sus planes. Mientras el chico luchaba con las cuentas, él se encerró en su pieza a jugar con la compu. Sus padres podían llegar de un momento a otro, pero él se daría cuenta a tiempo. El ruido del auto era más que reconocible.

Fermín se quedó a solas en el *living*, intentando hacer la tarea. Pero no comprendía lo que pedía la maestra, y el hermano mayor no lo ayu-

daba. Y tenía hambre, aunque no hacía ni una hora que había merendado.

Papá y mamá se tardaban mucho. Cuando vinieran, les diría que Paco no le había ayudado con las cuentas. Seguramente se enojarían mucho.

Reconfortado con ese pensamiento tan agradable, se olvidó por completo de los deberes y dejó que sus pensamientos flotarán por ahí.

Hasta que algo le llamó la atención, allá afuera, en la calle.

Algo amarillo. Pero hasta él sabía que por esa calle no pasaban los ómnibus. Ni los colectivos. Casi ni siquiera autos.

Fue hasta la ventana para ver mejor, y ahí, parado casi en la esquina (tenía que estirarse un poco para poder ver la esquina), se encontraba un ómnibus amarillo con franjas rojas como nunca había visto antes.

Tenía que apurarse si quería verlo bien. Se le iba a ir.

Ya le habían dicho claramente que nunca tenía que abrirle la puerta a nadie. Tampoco salir de casa solo.

Pero, claro, ésta era una emergencia (al menos, en su mente).

Sin pensarlo dos veces, giró la llave en la cerradura, abrió la puerta de calle y salió. Sí, allí estaba.

Fue corriendo a verlo mejor. Qué rara que parece la gente, pensó. En cambio, no le pareció extraño que los vecinos no salieran también a ver algo tan curioso.

Al acercarse más se pudo dar cuenta de que las puertas no eran puertas reales, sino que estaban pintadas. Como un auto de juguete.

TRES DESEOS

CAMPO RICARDO BURGOS LÓPEZ

Para quienes siguen leyendo Las mil y una noches.

1

Antonio Trujillo paseaba por el centro de la ciudad de Bogotá a eso de las siete y treinta de la noche de un junio frío; había salido tarde de la oficina donde se desempeñaba analizando aburridas líneas de crédito para una entidad financiera. Muy cansado, se había aflojado la corbata que llevaba y su apariencia (cabeza calva, rotundos mofletes y lentitud al andar) lo asemejaba a una tortuga que por un momento estuviera asomando la cabeza fuera del agua en que nadaba. De repente, su mirada se detuvo en algo que le pareció inusual: alrededor de un poste telefónico alguien había abandonado varias bolsas negras de basura; una de esas bolsas estaba rota y de ella había caído al suelo lo que

parecía una lámpara dorada, de esas antiguas que funcionaban con aceite y tenían largo pico. Extrañado, Antonio se acercó; varias veces miró a todos los lados por si aquella lámpara tuviera dueño y, al notar que la calle estaba semivacía y nadie reparaba en el objeto, lo tomó entre sus manos. A pesar de que el aparato estaba sucio, fácilmente se podía advertir que era una antigüedad más o menos bien conservada. Además, Antonio estaba fascinado porque la lámpara era idéntica a las que tantas veces había visto en ilustraciones de *Las mil y una noches*; tenía la forma de uno de esos artefactos que, en los viejos relatos orientales, solía estar habitado por genios y seres mágicos. Contento con su hallazgo, nuestro hombre enfiló hasta su casa y llegó allí en pocos minutos.

se hizo pequeño en la poltrona plástica. Su mirada continuaba árida.

—He perdido algo de mí ahí afuera.

Ella resolvió no acercarse.

—Mart, hemos usado el T-11 cientos de veces sin problemas. Y nunca hemos verificado tan exhaustivamente los cálculos como hoy. Son sólo seiscientos kilómetros; hemos viajado de a miles en las pruebas de superficie. La potencia del generador es suficiente para cincuenta veces más. Deberíamos llegar cómodamente a la Luna incluso con este prototipo. No hay...

Él había levantado la cabeza.

—En la superficie...

—¿Qué?

—En la superficie, has dicho. Ésta es la primera vez que se prueba de manera vertical.

—Pero... te he recibido bien; todos los sistemas en la estación funcionan a pleno. La revisión médica dio exactamente igual a la del punto de partida. ¿Qué diferencia puede haber?

—No lo sé. —Su tono era patético—. Tal vez sea distinto cuando se atraviesa el vacío.

Ella se decidió.

—Tenemos que tratarte ahora mismo. Métete en la cápsula. Te devolveré.

Él la miró asustado. Ella supo qué decir para convencerlo:

—¿Acaso crees que puedes empeorar?

Reapareció en la cápsula del Centro de Teletransporte. Se apeó, mientras los asistentes se arremolinaban a su alrededor, en silencio pero nerviosos, y le tendían sus manos en auxilio. Cuando extendió las propias para tocarles, descubrió algo.

—Un momento. Un momento.

Todos se detuvieron, asustados. Varios retrocedieron.

—Creo que ya ha pasado... ¡Parece ser reversible!

Un borbotón de gozo le explotó en el alma y giró hacia los monitores:

—¡Hella!

Pero ella lo había seguido por el transportador. Y los rastros del vacío nublaban sus ojos.

© CARLOS MORALES, 2010.

CARLOS MORALES

(Argentina —Merlo, Buenos Aires, 1961—)

Seguidor de la ciencia ficción "dura", en **NM** publicó "El huésped" (# 5), "Contacto material" (# 13), "El honor que se merece" (# 18), "Buenas noches, amor" (# 22), "Nunca es el final" (# 24) y "Herida" (# 26).

¿Cómo entraba la gente?

Por la otra puerta, la verdadera, la que estaba en la parte de atrás.

Y que justamente se estaba abriendo frente a sus ojos.

El vehículo se había detenido en una zona residencial. "Éstos son los cubículos donde viven los locales", había dicho el/la guía. Pero no era algo interesante, pues por lo visto quienes habitaran esas estructuras preferían permanecer dentro de ellas.

No eran algo que llamara la atención. Ni tan pequeñas como las de Ror, ni tan grandes como las de los que habitaban el Cinturón de Hielo. Sin demasiado esfuerzo, uno podía imaginarse viviendo en el interior de alguna de esas unidades.

Uno de los más pequeños, que se encontraba al fondo del vehículo, estaba aburrido de tanta explicación. Hubiera preferido encontrarse en otro sitio, pero los ascendientes no tienen demasiado en cuenta lo que los descendientes quieren hacer o dejar de hacer. Así que se había visto arrastrado a esta excursión. No había con quién jugar, ni qué comer, ni siquiera acceso a un sitio de entretenimiento.

Ya hacía rato que había dejado de prestar atención a lo que decía el/la guía. Se encontraba sumido en sus propios pensamientos y en su miseria. Mirando hacia el exterior desde su rincón, se preguntó qué tal sería habitar una de esas estructuras. ¡Eran tan diferentes a su propio hogar! Tan llenas de aristas, duras, poco amigables.

Algo se movió en una de las habitaciones que habían dejado atrás.

Y desde su interior salió uno de los pobladores locales. Un descendiente, seguro que era, porque no tenía el tamaño de los que ya estaban completos.

Ya estaba junto al vehículo. El pequeño miró a su alrededor. ¿Es que nadie se había dado cuenta? No. Todos continuaban mirando aburridos al/la guía, que comentaba acerca de las particularidades de las viviendas locales. Los inadaptados de siempre habían hecho las bromas ridículas que incluso él, un descendiente menor, comprendía.

Desde donde se encontraba trepado podía ver al otro, al descendiente habitante de este continuo. Lo miró con curiosidad. Nunca había visto a uno de ellos tan de cerca. ¿Se daría cuenta de que lo estaba viendo? Los ascendientes ya le habían dicho que los locales no podían verlos, y que ni siquiera se enteraban de la presencia del vehículo. Algo acerca de un filtro de percepción, lo que fuera eso.

El otro había levantado la cabeza y tenía los ojos (esa parte sí que la reconocía) fijos en él. Cómo si lo estuviera viendo. Y había abierto muy grande la abertura para comer. Nunca había visto tan de cerca una de esas aberturas.

¿Qué pasaría si...?

La portezuela del vehículo estaba a poca distancia. Podría llegar a ella sin que los demás se dieran cuenta. Y sabía cómo accionarla. Había visto al/la guía hacerlo. Seguramente él también podría.

Fermín miraba a la criatura que lo observaba desde la ventanilla pos-

terior del ómnibus. Ése era el punto del vehículo donde no se les había ocurrido simular un ómnibus normal. En realidad, no hubiera sido lógico que hubiera gente mirando hacia afuera en la parte de atrás.

El chiquillo se había quedado con la boca abierta por la sorpresa. Lo que lo estaba mirando era el chico más feo que jamás viera.

Si es que era un chico.

En cualquier momento el ómnibus volvería a ponerse en marcha. Eso lo sabía, y no sería bueno que estuviera detrás de éste cuando eso sucediera. Pero no podía dejar de mirar a ese... lo que fuera.

Bajo la ventanilla, a nivel casi de las ruedas (¿dónde estaban las ruedas?), algo se corrió y dejó una abertura al descubierto. Lo suficientemente grande como para permitirle el paso.

Fue cosa de un segundo, y ya se encontraba dentro del ómnibus.

¿Ómnibus?

Esto no se parecía a ningún ómnibus, o siquiera un colectivo, que él conociera. Y la gente...

No parecía gente.

Pero no tuvo ni siquiera tiempo de reaccionar. Ya algo se cerraba alrededor de su cintura y lo arrastraba a un rincón. Apenas tuvo tiempo de ver que se cerraba la abertura por la que entrara.

El vehículo volvió a ponerse en movimiento, mientras el/la guía explicaba el siguiente punto de la excursión. A sólo unos clics de distancia y, luego, de regreso al punto de partida. Los turistas le prestaban poca atención y, desde luego, tampoco

se habían enterado de que llevaban a bordo a un miembro de esta exótica especie que visitaran. No había habido aviso alguno cuando se abriera y cerrara la portezuela... El vehículo dejaba bastante que desear, pero hasta ahora no había tenido problemas de mantenimiento.

Tan repentinamente como había aparecido en el continuo, se marchó de él. Con un pasajero extra.

Visitaron su nuevo destino, pero apenas si permanecieron ahí el tiempo suficiente como para que los desubicados de siempre comenzaran con sus bromas pesadas. Y, luego, el vehículo regresó a la Estación.

Entonces lo encontraron. Una figura pequeña acurrucada en un rincón, con el descendiente que lo miraba satisfecho.

Los ascendientes y el resto de los pasajeros lo miraron horrorizados. Algunos más que otros. Ya sea por el hecho en sí, como por hallarse frente a frente a un miembro de esta extraña especie. Aunque fuera un miembro pequeño.

Fermín tenía los ojos abiertos como platos, sin poder creer lo que veía. Frente a él tenía un puñado de criaturas que parecían sacadas de un programa de televisión. De esos que veía el hermano.

Eran verdes. Algunos más oscuros, otros más claros. Unos incluso tenían manchas más bien marrones. Y más brazos. Si es que esas cosas que salían de debajo de la cabeza eran brazos. Estaban ahí, mirándolo, parlotando entre ellos (al menos suponía que estaban hablando; era

RASTROS

CARLOS MORALES

Le soltó por fin la mano, se levantó pesadamente de la poltrona, la miró a los ojos y afirmó, en tono angustiado:

—Hella, ya no soy el mismo. Puedo sentirlo.

Ella lo miró fijamente, aun dudando.

—Yo siento que eres el mismo. ¿En qué te basas?

—No puedo describirlo. —Su afección parecía genuina—. Pero ya no soy el que era.

—El transportador no deja huella; lo hemos verificado muchas veces antes.

Él caminó dos pasos lentos hacia la cristalera, que daba al espacio. La Tierra llena teñía de azul el cuarto, y la muchacha vio como una premonición el reflejo de las nubes sobre África en el rostro de su compañero.

—Tendríamos que haberlo probado más —aseveró él.

Hella también se apeó, acercándose a él. Detectó un sutil movimiento de rechazo a su cercanía, y eso fue lo que terminó de convencerla. Un aliento helado recorrió su espina dorsal y sintió tensarse sus mejillas. Se detuvo, se masajeó los antebrazos.

—Oye, hablemos de eso. Cuéntame qué sientes.

Él seguía con la mirada perdida.

—Tendría que decirte más bien lo que no siento. No me siento el mismo, no siento nada. En realidad —continuó, girando los ojos hacia ella, pero evitando su mirada—, siento un sordo terror en mi pecho. Pero es un terror de respuesta a... al vacío, a la falta de otros sentimientos, no sé si resulto claro.

—Continúa, por favor.

Él se apartó del ventanal, volvió a sentarse —alejándose, pensó ella—,

los aportes del intercambio con otras especies inteligentes del multiverso).

Escuché un sonido extraño y me di cuenta que era mi comunicador de bolsillo. Era la primera vez que lo oía. En la pantalla del artefacto había un mensaje de texto:

“En diez segundos serás el protagonista de un cuento”.

Yo ya sabía quién sería el autor del cuento. Sabía que los sueños

de mi infancia, que me habían acompañado toda mi vida, iban a hacerse realidad porque yo mismo, a través de los tecleos de un gran autor, los haría realidad.

No pude más que pensar “estoy preparado”. Pero la verdad es que no lo estaba y al mismo tiempo lo había estado siempre.

© DAMIÁN NERI OSORIO, 2013.

DAMIÁN NERI OSORIO
(México —Villahermosa, 1991—)

Actualmente reside en el Distrito Federal y estudia licenciatura en Física en la Universidad Nacional Autónoma de México. Se animó a escribir sus propias historias a finales de 2009, a partir de que comenzó a leer a PHILIP K. DICK. Sus intereses principales son la ciencia, particularmente la astrofísica y la ciencia ficción.

En **NM** ha publicado “El evento Neandertal” (# 21) y “Ahora los errantes seremos nosotros” (# 25).

	PROXIMA es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante. http://revistaproxima.blogspot.com/	Consígalas en: * CLUB DEL COMIC: Montevideo 255, Capital Federal (A 1 cuadra de Av. Corrientes) * ENTELEQUIA Suc. Belgrano Juramento 2584 (a 1 de Av. Cabildo) * LIBRERIA DE ARTES Y LETRAS Avellaneda 306, Caballito, Capital (Casi esq Campichuelo) TAMBIÉN EN: 
---	--	---

difícil de decir). El que lo había agarrado era más pequeño que los otros. Quizá fuera un chico. O chica.

De algo estaba seguro: eso no era un ómnibus.

Tampoco la gente era como la que conocía.

A su corta edad ya había visto mucha televisión, sin contar con la que veía el hermano y él estaba también obligado a mirar, y sin duda estas criaturas no eran de este mundo.

Eso, en vez de asustarlo, despertó el interés.

Levantó una mano mostrando la palma, tal como lo había visto en alguna película, y dijo:

—Hola.

Los otros se sobresaltaron. Pero fue el que lo agarró, la pequeña criatura, que se animó a algo. Por lo visto sentía cierto sentimiento de propiedad. Estirando uno de los “brazos”, lo enrolló con suavidad alrededor de la mano de Fermín y también dijo algo.

Obviamente, Fermín no lo comprendió, tal como los otros no debían de haber comprendido su saludo, pero entendió el sentido.

Eso pareció romper el hielo. El parloteo se hizo más fuerte y alguno que otro se animó a tocar a Fermín.

¡Era tan sólo un descendiente!

Los turistas se habían olvidado de lo que se suponía que debían ver, y dedicaban toda su atención a ese nuevo juguete.

Pero el/la guía estaba completamente horrorizada. ¿Cómo podría explicar la presencia de una de estas... criaturas dentro del vehículo?

Tenía ciertas ansias asesinas. No hacía ese pequeño ser, sino para con el descendiente que lo hiciera entrar.

No se le había ocurrido que éste hubiera estado observando con tanta atención cuando abriera y cerrara la portezuela. Menos aún que se hubiera atrevido a accionarla.

No podían tenerlo ahí.

Su mente trabajaba a toda velocidad, pensando en cómo librarse del pequeño intruso. ¿Echarlo del vehículo? No. Esa forma de vida no tenía la resistencia para el ambiente del exterior. Además, ya estaban en la Estación. En cualquier momento llegaría el representante de la Compañía para hacerse cargo del grupo.

Lo más lógico sería devolverlo a su continuo.

¿Pero cómo? No podían retroceder hasta ese punto. No sin que los instrumentos de la Estación detectaran el retroceso.

Normalmente, en este momento los turistas estarían resignados a descender del vehículo y regresar a su vida cotidiana, pero este grupo no parecía tener interés en eso. Estaban más que interesados en la criatura que habían adquirido. En cuanto a ésta, no era difícil de adivinar que tenía el mismo sentimiento con respecto a los turistas.

¿Y si...?

Su siguiente turno sería en unos pocos clics. Si convencía a este grupo de callar el suceso, quizá ese descendiente extraño tuviese una oportunidad.

Miró al grupo a su cargo, calculando lo que le había tocado en suerte.

Un/una ascendiente mayor, otro que todavía no había fluctuado, otro más... Su mirada se detuvo en ese/esa pesado que le había hecho insoportable la mayor parte del trayecto. Un miembro mayor de su familia, y quien era más probable que los delatara.

Aunque no se atrevería a hacerlo si el/ella lo/la amenazaba con exponer ante su familia el mal comportamiento que había tenido en el paseo. Y ya se sabía que a las familias no les gusta ser puestas en evidencia, y menos por alguien subalterno.

El descendiente se despidió de la criatura, su juguete y amigo por tan corto espacio de tiempo. Luego, el grupo descendió, justo cuando el representante de la Compañía iba a su encuentro.

Mientras todos entretenían al funcionario (un joven al que le faltaba un poco para fluctuar), el/la guía escondió a la criatura en el espacio interior de un asiento. Por suerte, ésta pareció comprender lo que tenía que hacer.

Estaría bien hasta que llegara el momento.

Eran tan sólo unos pocos clics, y transcurrieron con rapidez. Luego ascendió al vehículo el nuevo grupo y comenzó un nuevo paseo.

Mas en esta ocasión se cuidó muy bien de que alguien viera cómo

manipulaba los controles de la portezuela.

Cuando llegó al sitio y continuo indicados, hizo estacionar al vehículo y distrajo al grupo con una serie de imágenes que sabía que llamarían la atención. A continuación, sacó a la criatura de su escondite y, abriendo la portezuela, la hizo descender.

Nadie se dio cuenta de que un chico se bajaba de un ómnibus de colores bastante llamativos. Habían pasado sólo dos horas desde que comenzara su aventura.

Luego, el vehículo desapareció tan repentinamente como había aparecido.

Y Fermín regresó a su casa.

En el comedor lo estaba esperando su hermano. Tenía la cara blanca.

—¿Dónde estuviste? —le preguntó. Debía de estar realmente asustado si no le gritaba.

Fermín estuvo a punto de contarle su aventura, pero lo pensó mejor. Simplemente dijo:

—Salí y me perdí.

Para su sorpresa, su hermano lo abrazó.

Bueno, quizá algún día se lo contara.

Algún día.

© E. VERÓNICA FIGUEIRIDO, 2012.

E. VERÓNICA FIGUEIRIDO
(Argentina —Buenos Aires—)

Desde hace años reside en Necochea (provincia de Buenos Aires), colaboró en **Nuevomundo** (antecesora de **NM**), **Sinergia**, **Cuásar**, **Vórtice**, **Galileo** y **Axxón**, entre otras, y fue traducida a otros idiomas.

En **NM** publicó "Los recién llegados" (# 26).

pues por el perjurio que sufrió al ser usado de esa forma (forma que no revelaré, pues ni el mismo Trovotskyn soportaría que tal cosa fuese conocida por alguien fuera de la Agencia), se le concedió a Trovotskyn la oportunidad de poder elegir de nuevo hacer el cambio entre ser un personaje y autor.

Naturalmente, eligió ser autor.

Así que dejó el universo de los cuentos y regresó al nuestro.

Conviví directamente, desde este universo, con Trovotskyn. Fue interesante verlo escribir historias tan brillantes como las que había leído ese día en su pequeña casa que, de puro milagro, nunca se había venido abajo.

Pero, cada vez que leía una de las historias de Trovotskyn, anhelaba con toda el alma ser el protagonista de tan maravillosas aventuras.

Tal vez me tardé mucho en dar el paso que había estado deseando desde hacía tantos años.

Una mañana fui a la casa de Trovotskyn y me presentó a una bella joven que ya había visto en otras ocasiones junto a él.

—Estamos planeando casarnos —me dijo Trovotskyn.

Yo no pude hacer menos que alegrarme.

Trovotskyn ya no tenía esa barba de antes; su rostro estaba muy cambiado y hasta tenía un atractivo particular. Ahora era un gran autor que disfrutaba de una vida que sólo podría tener en este universo.

—Necesito que me hagas un gran favor —le dije.

Mientras le iba contando lo que había planeado, su rostro se entristeció, pero al final entendió, pues tal deseo no le había sido ajeno. Se ofreció a ayudarme y yo me sentí infinitamente halagado.

Asistí a su boda, una gran celebración donde Trovotskyn me presentó a un viejo amigo suyo que había sido personaje y al que había ayudado a dejar de serlo.

Miré a Trovotskyn y nos dimos un fuerte apretón de manos. Yo no estaba triste ni él tampoco. Él acababa de hacer, apenas hacía un par de años, lo que le dictaba su corazón y yo ahora haría lo que me dictaba el mío.

—Si quieres regresar —me dijo—, tan sólo dímelo y te traeré de vuelta al mundo donde una clase diferente de sueños ocurren.

—Creo que pasará mucho para que me aburra de todo esto —respondí.

—Entonces ahora tendré el honor de tenerte como protagonista en mis historias.

—El honor será mío —dije.

Atravesé el portal.

Miré a mi alrededor y vi una llanura de vegetación verde azulada y, en el cielo, tres lunas que transitaban, una lenta y las otras rápidamente, en medio de un crepúsculo de tintes rosas y violáceos. Frente a mí había una casa, muy modesta realmente, aunque con vista a un mar de metano cuya superficie destellaba una luz polarizada elípticamente que no tendría sentido describir, porque pertenecía a otro universo (uno de

—Así es. Pero ya no quiero seguirlo siendo más. Éste ha sido el último cuento que protagonizo. Pero no podré dejar de ser personaje por una vía directa, pues la Agencia sólo permite que alguien se cambie una sola vez, pasar de autor a personaje o de personaje a autor, y yo ya lo hice hace cuarenta y cinco años.

—¿Entonces cómo piensas hacer eso?

—Soy Igor Trovotskyn —fue su respuesta, y eso lo explicaba todo. Sin embargo, continuó—: Hay muchas cosas que la Agencia no te ha dicho pero que son posibles; letras pequeñas en los contratos que has firmado y que han limitado tu labor, que si supieras como usar esos elementos a tu favor serías capaz de crear los universos más fascinantes que nadie ha imaginado aún. La Agencia no es perfecta y puedes atacarla a través de sus propias inconsistencias.

—Pero eso no es suficiente —le dije—. ¿Cómo podrás actuar contra la Agencia? Necesitarás ayuda. Necesitarás un autor.

Trovotskyn me miró con una dura sonrisa en el rostro (cualquier gesto suyo siempre es duro).

Y no se imaginan lo que siguió. Bueno, tal vez sí.

Regresé a mi mundo, a tu mundo, con una emoción que no había disminuido desde que abandoné el universo donde los sueños ocurren, y encendí mi ordenador portátil. El tiempo que el escritorio tardó en aparecer fue más desesperante que de costumbre, pero ni eso me desanimó. Abrí el editor de texto y me enfrenté con la

página en blanco, aunque ése era un enemigo que ya había derrotado muchas otras veces.

Comencé a teclear.

En el cuarto párrafo, me sobresalté cuando me descubrí escribiendo las palabras “dijo Trovotskyn” después del guión largo. Y, mientras escribía, sabía que lo que estaba creando en ese momento estaba ocurriendo en el mundo de los cuentos, pero no sólo ahí, sino también a mi alrededor, en mi propio mundo.

Hay muchas lagunas legales en los contratos de la Agencia.

Así que nos aprovechamos de eso.

Interferimos en el cuento de otro autor (un autor, pobre incauto trabajador de la Agencia, a quien se le permitió usar a Trovotskyn como personaje), de modo que las acciones de Trovotskyn en el cuento, cuando el cuento fue revisado para su publicación, llamaran la atención del jefe de la Agencia. Pero la atención no recaía en el propio Trovotskyn sino en el otro autor, pues éste había usado al personaje de Trovotskyn de una manera inadecuada, aunque nadie sospechaba que tales manipulaciones realmente provenían de mí.

El punto es que ese autor fue suspendido por un mes. Si el resultado hubiese sido su expulsión definitiva, haber hecho lo que hice representaría para mí una tortura, pues arrebatarme a un autor la posibilidad de escribir sería la muerte en vida para él.

Pero el beneficio de ese acto fue indirectamente, o tal vez deba decir directamente, a favor de Trovotskyn,

“REALITY SHOW”

YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET

*El sol se detuvo en medio del cielo
y no se apresuró a ponerse casi un día entero.
(Josué 10:13)*

I. El israelita

Refreno a mi caballo y clavo mi lanza en el pecho de un amorreo moribundo. Su sangre me salpica y mis hermanos de Isacar gritan. Son sombras rojas que entrechocan sus armas, alabándote, Señor de los ejércitos.

La llanura de Gabaón es un hervidero de carros de guerra incendiados y miles de amorreos destrozados. Adonisedec, Oham, Faram, Jafia y Dabir osaron desafiarte, y yacen a tus pies; sus huestes y coronas quebradas.

Soberbios, vinieron en sus carros tirados por caballos pintados, con estruendo de címbalos y cuernos; cargando sus ídolos de piedra y madera, orando a sus oídos sordos y pidiendo bendiciones a sus bocas muertas.

Pero su fuerza se hizo nada ante nuestro empuje y sus cantos blasfemos se volvieron aullidos de terror

y su huida fue como una estampida de reses.

En su locura, creyeron que la noche los protegería, pero cuando llegó su hora tu luz divina se adueñó del cielo, que se tornó dorado.

—¡Contemplan la gloria del Dios vivo! —nos gritó Josué, hijo de Nun—. Él combate junto a nosotros.

Y arremetimos enardecidos, dejando sus cuerpos en la llanura; cascarones rotos que albergaron almas idólatras.

Cascarones que contemplo ahora, con el pecho estremecido, mientras a lo lejos comienzan a resonar las trompetas de plata batida, llamándonos.

Miro al horizonte, y allí, junto a los estandartes de las tribus, distingo el centelleo del Arca. Y a ellos.

Como leones entre corderos, con sus efodes de lino inmaculados, la

custodian los más celosos de tu amor: los hijos de Leví.

Los veo alzar sus manos y comenzar a cantar. Y pese a la distancia los escucho. Sus voces recorren la llanura acallando los ruidos; son ráfagas de viento que purgan la tempestad en mis entrañas. Me hablan de tu poder, de tu alianza eterna con nosotros.

Mis hombres vitorean cuando cesan.

Veo sus lágrimas brotar y siento las mías surcar mis mejillas. Mi visión se empaña.

Una, dos veces más, resuenan las trompetas de plata.

Me seco el rostro. Y doy la orden de regresar.

II. El amorreo

Abro los ojos y mi corazón se acelera.

Los *habiru* que se llaman a sí mismos Israel se han ido, dejando miles de cadáveres en la llanura. Cientos de carros de combate arden. El olor de la carne quemada me hace vomitar.

Estoy vivo, susurro. Y me postro sobre el polvo y la sangre seca, y rezo, porque grande es Asherá, venerada en Ucad, en la tercera colina de Hay, y aun más grande Amurru, venerado en Eenan, en su primera colina.

Ellos me han protegido de la cólera de Baal.

Mi fe no flaqueó cuando Jericó y mi amada Hay cayeron, asoladas por la espada de los *habiru*. Mi fe me sostuvo cuando Faram, amo de

Jerimot, acudió al llamado de Adonisedec, amo de Jerusalén, y los refugiados de Hay fuimos obligados a alistarnos.

—Gabaón —dijo Adonisedec— se alió a los intrusos de más allá del Jordán.

Y avanzamos contra Gabaón, cubiertos de bronce rojo, sobre carros tirados por caballos fuertes, hasta que en la noche del cuarto día llegamos ante sus puertas y acampamos, muchedumbre como arena, cubriendo la llanura.

—Atacaremos al alba —decidió Adonisedec, junto a los cuatro grandes, pero el amanecer nos encontró bajo asedio, nuestros centinelas masacrados, y las colinas que rodean la llanura cubiertas por los *habiru*.

Las piedras de sus hondas cayeron a miles sobre nosotros, mientras embestíamos la ciudad, hasta que —cerca de la hora del ocaso— Baal, caminante del cielo, apartó su ojo de nosotros y se disipó nuestro valor.

Huimos, sin esperar a los rezagados, tratando de alcanzar a los que nos aventajaban, empeñados en proteger nuestras vidas con sus espaldas. Huimos, mirando al cielo, esperando que la noche cayese para escapar del enojo de Baal y escabullirnos de los instrumentos de su castigo. Pero, cuando el sol desapareció, el cielo se inundó de luz.

Prodigio de Baal.

Clamé por su piedad y una piedra quebró mi casco, arrojándome en la nada.

Estoy vivo, susurro una vez más.

Y me levanto, espada en mano, de entre mis hermanos muertos.

—¡Largo de aquí! —me dijo. Dejó la pila en el suelo y me apuntó con una de las armas que llevaba consigo, un rifle de van der Waals, y entonces decidí que sería mejor hacerle caso o terminaría siendo un charco de fluidos en el suelo que pronto sería absorbido por la tierra y nutriría a la vegetación. No me atraía para nada esa perspectiva, aunque fuese buena para el pasto—. ¡Largo! —dijo de nuevo.

—Me iré, me iré —le dije, mientras permanecía de pie sin dar un solo paso; la verdad es que no tenía ninguna intención de irme de ese lugar—. Sólo estuve leyendo los cuentos que encontré en una esquina.

—¿Que hiciste qué?

—Son muy buenos —le dije, aunque pensé que quizá sería mejor cerrar la boca—. No sabía que escribieses. —Sí, quizá debería haber cerrado la boca.

Su expresión no auguraba nada bueno, aunque, de un momento a otro, bajó el rifle de van der Waals y su rostro se apaciguó.

—Escribía —dijo con melancolía.

Esa revelación implicaba más cosas de las que a simple vista pudieran notarse.

—¿Por qué dejaste de hacerlo?

—Porque comencé a ser un personaje.

Quería saber más, pero a la vez no. En la Agencia se acepta sin rechistar que los personajes no son seres humanos, sino simples herramientas básicas para un autor. Pero si Trovotskyn no era un ser humano, ¿que me cuelguen!, ¿entonces qué diantres era? Evidentemente, la Agen-

cia ocultaba algo, o muchas cosas, más bien.

—Una vez fui un autor, como tú —dijo—. Sin embargo, cada vez me fue atrayendo más la labor del personaje. Un autor se sienta frente a su ordenador o su cuaderno y comienza a escribir, plasmando lo que tiene en la mente, y de cierta forma vive lo que imagina, lo cual no es algo que se deba menospreciar, pero esas cosas no le ocurren realmente; en cambio, a un personaje sí, pues es él el encargado de hacer realidad todo lo que el autor escribe, y vive más aún que lo que el autor vive.

—¿Y cómo es eso posible? ¿Cómo fuiste autor y ahora...?

—¿Te refieres a cómo fui autor y ahora personaje?

Asentí con la cabeza.

—La Agencia de Escritores tiene una división para ello —dijo—; claro que eso lo supe sólo hasta que presenté mi renuncia como escritor. Sí, renuncié. Me preguntaron por qué dejaba la Agencia. Les dije la verdad, y ellos me hicieron saber que podría tener una segunda oportunidad, esta vez como personaje de cuentos. En ese momento me fascinó la idea de vivir realmente lo que ocurre en los cuentos. No lo tuve que pensar mucho; era algo que se había gestado en mi cabeza durante largo tiempo. Les presenté mi solicitud y la aprobaron.

—¿Hace cuánto hiciste eso?

—Hace casi medio siglo.

—Por eso tienes noventa años pero pareces de treinta y cinco. El tiempo ha pasado muy lento para ti desde que eres personaje.

no había rastro de él. Si de verdad había salido para protagonizar un cuento, no vendría al menos en unas cuantas horas. Cerré la puerta.

Tenía tiempo suficiente, así que me di a la tarea de leer todas esas historias.

Resulta que al menos la mitad de ellas eran las mejores que había leído en mi vida y el resto de ellas eran simplemente brillantes, superaban con creces a las que habían escrito mis compañeros de la Agencia e incluso a las mías y a las de los mejores autores del género.

Mientras las leía, me imaginaba siendo el protagonista de esas historias. Viajé a bordo de naves cartográficas hasta los límites de la galaxia, acompañado de eternos ingenieros tortuga; me teletransporté distancias colosales sólo con el pensamiento; ayudé a personajes inverosímiles a armar rebeliones dentro de una sociedad que ya había olvidado sus orígenes; conviví con especies alienígenas que iban más allá de los límites de mi comprensión; escapé de un mundo donde no existían las mentiras y para ello tuve que mentir; fui el creador de un robot orgánico que, con un pensamiento del que yo no tenía ni un atisbo, demostró que nada era real excepto él.

Aún restaban unos cuentos más.

Y en todo eso me di cuenta de que, aunque yo, de cierta forma, con mi imaginación, había protagonizado todas aquellas hermosas historias, de verdad quería tener la oportunidad de vivir algo así alguna vez en mi vida y que fuese una experiencia real, más real y tangible, más aún —si

tal cosa es posible— que la que brinda la lectura o la escritura.

Levanté la mirada.

Aún no había rastro de Trovotskyn.

Me detuve un momento a leer los nombres de los personajes; eran nombres que ya no se usaban actualmente, personajes que ya no trabajaban para la Agencia, aunque había algo de familiaridad en ellos y luego recordé que eran los mismos que habían protagonizado tantas de las historias que leí en mi juventud.

Terminé de leer los últimos cuentos.

No sé cuánto tiempo estuve leyendo, pero, cuando levanté la mirada, ahí estaba Trovotskyn, observándome. Había regresado de protagonizar otro cuento.

Lo miré. Todos saben que los personajes envejecen más lentamente que cualquier humano, aunque no por ello se salvan de la inexorable muerte, ni siquiera si un autor escribiese que tal personaje es inmortal. Sus rasgos duros, las arrugas y las canas prematuras añejaban su rostro; no obstante, aunque —recordé la fecha en la que la Agencia decía que había nacido el personaje— ya debía de rondar los noventa en edad, parecía tres veces más joven.

Es de dominio público que los personajes sobreviven a los autores.

Evidentemente Trovotskyn se dio cuenta de lo que había estado haciendo, pues sus rasgos se endurecieron aún más y se acercó para arrebatarme la pila de hojas que ya había terminado de leer.

III. El “alien”

CONFIDENCIAL

A: Junta directiva.

Di-versiones Tiamat S.A.

Quiero agradecer sus felicitaciones. Estar nominada al premio de la Federación Sica por la producción de la mejor batalla diurna del año es un honor que me emociona. Entre nosotros, creo que es un episodio espectacular. Superaremos con creces a los *reality shows* de nuestros competidores.

El trabajo en el terreno fue exquisito. Mediante sueños indujimos a los amorreos de Gabaón a pactar con los israelitas, lo que provocó que sus ex aliados los atacasen. Debo confesarles que el volumen de combatientes superó nuestras previsiones. Los reyes amorreos movilizaron novecientos siete mil cuatrocientos setenta y tres guerreros, y los israelitas quinientos veintitrés mil novecientos, con el apoyo de cuarenta y tres mil setecientos veintiún gabonitas.

En ese momento me percaté de que teníamos la oportunidad de hacer historia. Así que decidí emplazar una cámara por humano, para un total de un millón cuatrocientos setenta y cinco mil noventa y cuatro esferocámaras robóticas, que equipamos con dispositivos de invisibilidad y reacción múltiple al movimiento.

Súmese a esto dos mil cámaras estáticas destinadas a planos medios y generales. Una inversión colosal.

Pero valió la pena. La calidad y variedad de las imágenes obtenidas no tiene parangón ni siquiera en los *reality shows* del planeta capital.

El volumen de guerreros me planteó un reto adicional pues, obviamente, el combate se alargaría hasta la noche, lo que nos perjudicaría; no sólo por la inversión extra en aditamentos nocturnos para las cámaras, sino porque los últimos estimados de audiencia señalan que el público se aburre durante este tipo de enfrentamientos.

Meses atrás me hubiese limitado a solicitar una ralentización de la rotación del planeta, pero como —gracias a las quejas de los pro derechos humanos— se han prohibido las manipulaciones medioambientales, opté por rediseñar once megasatélites para generar la luz que necesitábamos.

El resultado está a la vista: una batalla diurna con casi veinticuatro horas terrestres de duración que, espero, demorará en ser igualada.

Antes de finalizar, quiero asegurarles que no echo en saco roto sus recomendaciones de trabajar en pro de atraer segmentos más cultos de público. Estoy preparando episodios centrados en la vida pacífica de estos pueblos, desde la perspectiva del choque cultural entre los invasores nómadas y los sedentarios conquistados. Es seguro que no tendrán altas audiencias, pero nos granjearán buenas críticas por parte de los académicos.

Por cierto, en mi próxima comunicación enviaré un reporte acerca del avance de los experimentos biológi-

cos, en especial los referidos a la partenogénesis. Debo admitir que se presenta especialmente difícil de lograr. Sin embargo, no descansaré hasta crear una situación en la que podamos utilizarla durante alguna de las próximas temporadas.

Atte.,
Ninlil Umma.
Productora general para el sector
cuatro del planeta Tierra.
Di-versiones Tiamat S.A.

© YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET, 2013.



YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET
(Cuba —Yaguajay, Sancti Spiritus, 1976—)

Sociólogo y profesor universitario residente en La Habana, colaboró en **Axxón**, **La Isla en Peso**, **La Jiribilla**, **Cubaliteraria** y **miNatura**.

En **NM** publicó “Cuentapena” (# 17), “Cuestión ideológica” (# 20) y “Fuga de capital” (# 22).

dé la gana. He tenido que luchar contra enemigos que han afectado mi salud; no tienes idea de qué tantos medicamentos tengo que tomar ahora, y he tenido que morir muchas veces, aunque luego reviva. ¿Crees que es bonito lo que se siente justo antes de la muerte, sobre todo si esa muerte tarda horas o días en llegar? Y siempre siguiendo los deseos de un autor a quien la mayoría de las veces no le veo la cara.

Hablando de cara, cuando terminó de hablar, la suya estaba tan roja como si se hubiese quemado por días, en una atmósfera de fósforo, a la luz de las estrellas binarias tipo M del sistema de Hacknar.

No tenía idea de que pensara eso de su trabajo.

Su respiración era agitada. Se lo veía vulnerable, tan distinto del Trovotskyn que yo conocía. Escuché sonar algo como una alarma y Trovotskyn se sobresaltó. Buscó en el bolsillo de su pantalón y sacó una especie de teléfono y leyó el mensaje que se mostraba en la pantalla, luego guardó el aparato.

—Tengo que irme —me dijo.

—¿A dónde irás?

—Tengo que protagonizar otro cuento. Tenías razón. Me informaron que éste será el último cuento que tu compañero escriba; mañana se retirará y viajará a Uzbekistán a la Olimpiada Internacional de Repostaría.

Siempre me impresionó la habilidad de mi compañero de escribir cuentos tan malos, aun teniendo como protagonista al gran Igor Trovotskyn,

aunque éste siempre se lucía con lo poco que tenía a su disposición. Sabía que el personaje, que Igor Trovotskyn, se merecía algo mejor.

Se levantó, cargó un par de armas a su espalda y salió de la pequeña casa sin esperar a que yo me retirara primero de ahí. Me asomé por la puerta y lo vi perderse a lo lejos.

Y, bueno, allí estaba, solo en la casa de un personaje a quien admiraba, y eso únicamente podía significar una cosa. Tuve cuidado de no revolver sus cosas, que ni tenía muchas, para que luego no se diera cuenta de que había estado husmeando entre sus pertenencias. Ni siquiera me acerqué a sus armas, pues ya sabía yo que quien tocara alguna de esas armas, y no fuera Trovotskyn, se arriesgaba a que ésta explotara en su rostro (mis pulposos compañeros disfrutaban escribir este tipo de cosas).

En una esquina de la pequeña casa, y me sorprendí porque no la había visto antes, había una pila de hojas. Me senté en el suelo y comencé cómodamente a ver qué había escrito en ellas. Resultó que eran cuentos. Pero no sólo eso, estaban firmados por un nombre que me pareció muy extraño de leer en otro lugar que no fuera el contenido del cuento: Igor Trovotskyn.

Conté más de treinta cuentos, todos con su nombre en el lugar del autor. ¿Acaso los había escrito él? Los títulos no eran los de algún cuento que hubiese escrito alguno de mis compañeros de la Agencia. Me levanté y me asomé por la puerta abierta para ver si no venía de regreso, pero

sábana sucia sobre el suelo y el baño era un tazón de cereal junto a la cama, que por suerte estaba limpio. Y no había mucho más, salvo algunas cosas como una navaja de afeitar, que al parecer usaba desde hacía semanas, y algunos artículos personales, incluidas unas treinta armas de todos los calibres.

Entre el montón de armas dejó su escopeta.

Tomó una camisa y la puso sobre el suelo de tierra y pasto.

—Siéntate —dijo. Él se sentó en la sábana que era su cama.

Hice lo que me dijo y vi el techo y la madera que lo sostenía, con desconfianza.

—Veo que la Agencia no te ha dado un buen sitio para estar —le dije.

—No se trata de eso. Yo elegí este lugar. Me gusta el equilibrio metaestable, me gusta el peligro, el peligro sucio y precario. —Tomó una ametralladora y disparó una ráfaga a la madera que sostenía el techo. Todo el lugar vibró y la madera, de puro milagro, aún seguía sosteniendo el techo—. Entonces, ¿quieres que sea el protagonista de tu siguiente cuento? —preguntó, sin levantar la vista de sus treinta y un armas.

—Así es. Será el mejor cuento en el que hayas estado.

—¿Por qué? —dijo.

Y entonces le conté de qué se trataría. Mientras escuchaba, una expresión de insatisfacción fue creciendo en su rostro y yo no tenía idea de a qué se debía. Antes de que terminara de hablar, me interrumpió:

—¿Y quieres que yo haga todo eso?

—Exactamente. Tú eres quien podría hacerlo mejor que nadie. —No sabía de qué otra forma plantárselo. Por la mueca de su rostro, sospechaba que yo estaba haciendo algo mal. ¿Acaso los autores, o al menos los directores de la Agencia, no solían pedirle cosas como ésta todo el tiempo?

—Algún día tendré que terminar con todo esto —dijo como para sí.

—¿Terminar con qué? —pregunté, con la mejor de las intenciones.

Me dirigió una mirada fulminante, como aquella mirada que le dirigió al secretario de comercio de la Alianza de Naciones para que se restableciera las exportaciones hacia los sistemas aislados por la guerra que amenazaba con acabar con toda una civilización.

—Escucha —me dijo—, tú eres un autor; nunca sabrás lo que es seguir órdenes y llevarlas a cabo a la perfección. Tú trabajas por tu cuenta y sin restricciones. —En eso se equivocaba, pues en la Agencia nos limitan los personajes a elegir, aunque comenzaba a sospechar por qué—. En cambio, un personaje necesita apegarse a lo que un autor escribe, siempre haciendo esto y haciendo lo otro, cruzando la galaxia y extinguiendo especies extraterrestres enteras para satisfacer los deseos de quien se sienta frente a su ordenador y llena hojas en blanco. De vez en cuando incluyen algo de romance en las historias que yo tengo que protagonizar, y eso se agradece, pero se olvidan de que no soy un juguete a quien pueden usar como se les

PESADILLA

PATRICIA K. OLIVERA

La alarma del despertador sonó insistente. Los números rojos titilaban sin pausa, como un anuncio de neón, alumbrando sus párpados cerrados. Manoteó con torpeza, intentando apagar de una vez ese sonido ensordecedor, tirando lo poco que había sobre la mesilla de noche. Oyó el ruido seco de algo cayendo sobre el piso y a tientas alargó la mano para saber qué era. Sus dedos se encontraron con la tapa de un libro, doblada hacia afuera. Recordó que era el que leía la noche anterior, antes de dormirse: *El horror de Dunwich*, de H. P. Lovecraft. Le estaba llevando más tiempo del necesario leer una novela de ese estilo; de no ser porque en el último tiempo terminaba demasiado agotado por el trabajo, y tras leer unas cuantas líneas se dormía al instante, ya la hubiera devorado. Se trataba de su autor favorito y no

se cansaba de leer sus obras una y otra vez.

Se sentó en la cama con pereza y encendió la lámpara. Volvió a mirar la tapa del libro que tenía entre las manos y una media sonrisa se dibujó en su cara; ya volvería a la noche para terminarlo de un tirón. Lo dejó sobre las mantas y se dirigió al baño. Los números rojos del despertador, que ahora estaban fijos, marcaban las cinco de la mañana. Afuera aún era de noche y todo estaba silencioso, demasiado silencioso. Luego de darse una ducha se puso su uniforme blanco de enfermero. Cuando aprontaba el bolso sus ojos volvieron al libro y, tras dudarlo un instante, lo tomó y lo guardó; quizá durante el día tuviera algo de tiempo para leer. Sacudió la cabeza; pensó en el manicomio que Lovecraft se había inventado en esa ciudad, también inventada, llamada

Arkham. También él, Tomás Perdomo, trabajaba en un lugar de esta naturaleza y le daba gracia imaginar que pudiera desencadenarse el mismo horror que en ese sitio inventado.

Ya en la cocina, se sirvió un café fuerte y comió un par de tostadas. Le extrañó no oír, como cada mañana, las características explosiones del motor de la cachila del viejo Luis, pero no le dio importancia. También le extrañó, mientras iba por la calle extrañamente pulcra y desierta a esa hora, no oír otro sonido o ver algún movimiento. Hundió las manos en su saco de invierno y se levantó un poco más la bufanda. Al caminar, podía ver el vapor que salía de su boca tapada.

El centro psiquiátrico donde trabajaba como enfermero quedaba a sólo un par de cuadras de su casa; estaba acostumbrado a hacer el mismo recorrido cada día. Sin embargo, esta vez no se cruzó con los rostros que saludaba todas las mañanas, ni vio el patrullero que solía pasar a esa hora camino a la estación, para hacer cambio de guardia. Tomás vivía en la pequeña comunidad de Costa Azul de las Sierras, un lugar donde todos sus habitantes se conocían entre sí.

El cielo ya estaba azul pálido, anunciando que pronto terminaría de amanecer. El frío era intenso y, aunque no había llegado a nevar, se veía la escarcha sobre la hierba mojada. Durante el trayecto vio al repartidor de pizzas, estacionado frente al local aún cerrado. Lo saludó con la mano, pero aquél no alcanzó a verlo o todavía se hallaba dormido,

pues tenía la sensación de que lo había mirado de forma extraña. Continuó su camino y, luego de dar unos pasos, volteó para ver si seguía allí, pero el hombre ya se dirigía a la entrada de personal con la cabeza gacha y los hombros caídos; parecía que arrastraba los pies. Tomás sintió un leve cosquilleo en la nuca, se estremeció de los pies a la cabeza y apuró el paso. Seguramente, su predilección por las lecturas de terror le estaba pasando factura.

Al fin, llegó al centro psiquiátrico. La *nurse* no se encontraba en la recepción; tal vez estuviera haciendo su ronda habitual. Pasó junto al reloj de personal y marcó la tarjeta de entrada; luego se dirigió al vestuario a dejar sus pertenencias. No se cruzó con nadie en el corredor, ni enfermeros, ni pacientes. “Parece que hoy podré hacerme tiempo para la lectura. Al fin un día tranquilo”, pensó, distraído. Guardó sus cosas en el casillero y salió a reportarse. Por momentos, los tubos fluorescentes parpadeaban en el techo, dejando partes del pasillo a oscuras. El silencio era demasiado pesado, comparándolo, incluso, con los días más tranquilos que había tenido allí.

En el puesto de enfermería tampoco halló a nadie. Las planillas con la medicación que correspondía a cada paciente estaban en su lugar, al igual que la bandeja con los medicamentos preparados. La radio transmitía, como todas las mañanas, los clásicos boleros que le gustaba escuchar a la *nurse*. Repentinamente, la luz de la habitación 313 comenzó a parpadear. Al parecer, el viejo señor

con los que la Agencia tiene un convenio de cooperación).

¡Imagínense! De otra manera las historias que se podrían escribir (pues no podríamos separarnos de la inevitable limitación de la mente humana) serían muy pobres en contenido, pero con esta cooperación con las especies alienígenas podemos introducir, en nuestras historias, personajes y situaciones que ninguna mente humana podría imaginar.

—¿Se puede saber qué desea? —me preguntó Trovotskyn.

—La verdad es que estaría encantado de que usted fuera el protagonista de mi próximo cuento.

Me dirigió una mirada tan fría como el clima siberiano en el que él había crecido.

—Estoy trabajando para alguien más —dijo.

En efecto, estaba trabajando para mi compañero.

—Lo sé —le dije—, pero tengo entendido que el autor para quien trabaja se retirará del oficio mañana en la mañana.

Trovotskyn alzó una ceja.

—¿Me está tomando el pelo?

—No sería capaz. Es más, tengo el documento que lo avala. —Le mostré el papel que había fotocopiado secretamente de la oficina del jefe de la Agencia. Sí, ya sé, como se darán cuenta, no suelo hacer las cosas de la manera más ortodoxa.

Trovotskyn leyó el documento y luego me miró.

—¿Y sabe por qué ha decidido dejar la Agencia?

Me encogí de hombros.

—Hace unos días me dijo, lo más emocionado que lo he visto en la vida, que había ganado la Olimpiada Nacional de Repostería. Creo que viajará a Uzbekistán para la fase internacional.

Trovotskyn me regresó el documento y permaneció de pie en el marco de la puerta, observando su escopeta, y no pude menos que sentirme intimidado, pues no sabía lo que un hombre... un personaje, que había rebanado las veinticuatro cabezas del protector de las lunas de Prometeo, era capaz de hacerle a un simple autor. Se los digo porque he leído todo lo que los autores de la Agencia han escrito sobre él.

De pronto, Trovotskyn abrió más la puerta y, con un ademán, me dijo:

—Pasa.

Y yo pasé.

Fue cuando comprobé que todo lo que se decía acerca de los recursos que la Agencia les da a los personajes era real. Si por fuera la casa se veía como un cacharro viejo y a punto de derrumbarse, por dentro era una extrapolación, o más bien interpolación, de ello.

Una madera, que se veía que había sido colocada provisionalmente, sostenía, como un pilar, una de las vigas del techo de la casa. No soy arquitecto, pero sé algo de física, pues la ciencia ficción inevitablemente se sustenta en la ciencia, y viceversa, y algo me decía que esa madera creaba un balance muy precario de fuerzas y evitaba que todo el lugar se viniera abajo.

Pero eso no era ni remotamente todo. La cama de Trovotskyn era una

y ese gran cuento sólo podría tener un protagonista: el gran Igor Trovotskyn.

Así que hice algo que no necesariamente es legal dentro de la Agencia, pues, ya saben, no quería esperarme hasta el sorteo. Se supone que tenía que esperar a que me asignaran un nuevo protagonista, pero quería tener más libertad al respecto. ¿Por qué dejaría que la Agencia de Escritores me impusiera a mis protagonistas? ¿Por qué yo no podría elegirlos si, al fin y al cabo, se trata de mis historias?

Entonces encendí mi ordenador portátil, esperé ansiosamente los segundos que tarda en arrancar y luego abrí un documento en blanco del editor de textos. A mitad de la habitación se abrió el pequeño portal que luego se dilató para permitir que algo de mi tamaño lo atravesase.

Entré en él.

Se supone que sólo desde la Agencia podemos hacer eso, y sólo en ciertas fechas del año, pero..., ¡demonios!, necesitaba a Trovotskyn; ese cuento no podía esperar más para ser escrito.

La imagen de mi desordenada habitación se desvaneció y aparecí en un terreno donde la vegetación predominante era un pasto amarillento y seco. A unos cientos de metros de ahí, alzando la mirada, pude ver una enorme lanzadera espacial.

Delante de mí había una pequeña casa de madera, de aspecto frágil y abandonado. Me acerqué a la casa y, dudando, di tres golpecitos en la puerta. Escuché el tosido de alguien

en el interior y luego el corte de cartucho de una escopeta. Di un paso hacia atrás. Toqué mi cinturón y me di cuenta que no había traído mi tubo de van der Waals. Aunque, ¿de qué serviría un tubo de van der Waals contra un personaje de cuento, contra el mismo Igor Trovotskyn? Sin embargo, me sentía desprotegido.

—¿Quién es? —escuché una voz que venía desde dentro.

Ahora estaba seguro de que había llegado al lugar correcto. Tal vez el estar desarmado no sería un problema, aunque nunca había llegado a la casa de un personaje en un horario no oficial, y uno nunca sabe cómo puede reaccionar alguien que ha viajado en una nave cartográfica de ordenador autístico a la Nebulosa de Orión sólo para patearle el trasero al senado de la Alianza y así evitar una guerra de dimensiones galácticas.

—Soy... —respondí—. Soy un autor.

Esperé. Después de veinte segundos pensé que mi incursión en el mundo de los cuentos había sido en vano, pero la puerta se abrió rápidamente y apareció un sujeto de rasgos duros, cabello algo largo, revuelto y canoso como su barba. Sentí un profundo respeto al verlo, pues sabía todo lo que había hecho (claro, siempre hacía lo que los escritores de la Agencia le habían ordenado, pero aun así ese hombr... personaje había estado en lugares que yo apenas había imaginado y se había encontrado con seres que no existían, salvo como personajes de las agencias de escritores de las especies alienígenas de los demás planetas habitados,

Liberman ya empezaba a requerir su dosis de tranquilizantes. Buscó el frasco con el nombre del paciente, tomó una jeringa y se encaminó hacia allí. Para su sorpresa, el anciano no estaba en la cama, pero el botón de asistencia continuaba titilando. Salió en su búsqueda y, al pasar por las distintas habitaciones, comprobó que todas estaban vacías. Comenzó a ponerse nervioso. Fue en busca de la *nurse*, pero tampoco la halló; ni a ella ni a ninguno de los cinco compañeros que tendrían que estar entregando el turno a esa hora. Era raro que tampoco hubieran llegado los otros cuatro enfermeros que tomaban el turno con él.

Miró a través de las persianas del recibidor; las calles seguían desiertas y silenciosas. No se oían ni siquiera el trinar de los pájaros o el acostumbrado ladrido de los perros del vecindario. Ahora, el cielo estaba celeste oscuro, tiñéndose de rojos y violetas, y se podía ver desaparecer a las estrellas en el cielo. Su nerviosismo fue en aumento cuando intentó discar el número de emergencias y sólo le respondió la contestadora, pidiéndole que aguardara a ser atendido. Intentó en varias oportunidades y siempre fue lo mismo. No entendía dónde podía haberse metido todo el mundo. Volvió a recorrer los pasillos y las mismas habitaciones; el lugar no era muy grande y ya no le quedaba sitio donde buscar. Le pareció oír un sonido al fondo del local, donde se encontraba el patio trasero y más allá el sótano; no se le ocurrió buscar allí, pues era imposible que alguien estuviera en esos lugares.

Con paso lento se acercó hasta el fondo del corredor y vio que el candado que franqueaba el paso al exterior estaba abierto. Un extraño estremecimiento volvió a apoderarse de él. Tomó una linterna y, armándose de valor, empujó la puerta. El miedo comenzaba a dejarse sentir. Salió a un gran patio, donde había varios tanques, con el logotipo de material peligroso para desechar, y varias cajas de cartón amontonadas en un rincón. El cielo ya se estaba poniendo celeste y se veían los primeros rayos del sol. Tomás agradecía que por lo menos ya hubiera amanecido. Otra vez le llegó un rumor; parecía provenir desde donde se encontraban las compuertas de chapa que estaban en el otro extremo. Nunca se había acercado al lugar, ya que su función no lo requería; más de tirar con descuido alguna caja vacía de medicamentos en el patio, de allí no había pasado. Si bien no sabía qué había detrás de esos pesados portones negros, imaginaba que sería una especie de depósito donde se guardaban camas averiadas, sillas de ruedas, bastones y demás artículos necesarios en un lugar como ése. Juntó valor y se encaminó hacia allí; cuanto más rápido hiciera las cosas, mejor. Empujó el pesado portón, que hizo sonar sus bisagras a medida que lo abría. El olor a humedad y a encierro le dio de lleno en el rostro. El interior estaba en completa oscuridad; era una oscuridad espesa que se tragaba cualquier rayo de luz y que en un primer instante lo atemorizó. El resplandor de la linterna apenas podía abrirse paso en esa negrura que parecía tener vida

propia y que repelía la luz del sol que intentaba filtrarse tras la silueta de Tomás.

De nuevo el murmullo, ahora más fuerte. Podía descifrar que se trataba de una especie de cántico. Se adentró con la linterna prendida y, tras unos cuantos pasos, el portón negro se cerró con un fuerte golpe. Un escalofrío de terror le corrió por la espalda. Hubiera deseado salir de allí a toda prisa, pero se tranquilizó pensando que ésa era la realidad, que nada del otro mundo podía suceder.

La escasa luz con la que se alumbraba le permitió ver lo que ya pensaba que habría allí: camas en mal estado, sillas de ruedas, bastones, máquinas en desuso. Al fondo, se encontró con una puerta pequeña; para pasar por ella había que agacharse. Estaba cerrada pero una luz se filtraba por la parte de abajo. Empujó la puerta con lentitud, tratando de no hacer ruido. Lo primero que vio fue una escalera de caracol que conducía al sótano. Una antorcha empotrada en la pared alumbraba el lugar; una letanía, entonada por varias voces, se hizo más audible. Comenzó a bajar los estrechos escalones de piedra, intentando mantener la linterna en su mano temblorosa. El trayecto se hizo interminable; la escalera parecía no tener final.

Cuando llegó a destino todo estaba oscuro. Una luz naranja alumbraba a lo lejos; decidió acercarse. Gracias a la linterna pudo distinguir algo de la arquitectura del lugar; había muchas columnas de considerable diámetro y altura. Cruzó lo que consideró que era una gran sala con extraños

dibujos en el piso; un aire helado y extraño parecía colarse por todas partes. Poco a poco, y con paso silencioso, logró acercarse cada vez más a la luz que había visto. Cuando estuvo a una distancia prudencial, apagó la linterna y se escondió tras una de las columnas. Desde allí pudo ver a varias personas; llevaban capuchas y miraban hacia lo que parecía ser un altar, donde una extraña figura dirigía el cántico que todos entonaban. Forzó la vista para intentar distinguir el rostro de quien estaba allí y se quedó boquiabierto cuando reconoció al señor Liberman. Éste ya no era el pobre anciano inválido que todos conocían. Ahora estaba muy bien parado sobre sus dos pies y una luz verde brillaba en sus ojos, al tiempo que una sonrisa malévola y de dientes amarillos se dibujaba en su cara surcada de venas azules.

“Esto es una locura”, pensó. Trató de serenarse para pensar con claridad y encontrar una razón lógica para todo lo que sucedía. “Ésta es la realidad. No es una historia creada por ese maldito loco de Lovecraft. Juro que cuando salga de ésta no vuelvo a tocar un libro de éstos”, se repitió una y otra vez, al tiempo que sentía sus ropas mojadas por el sudor.

—Hola, Tomás. Al fin apareces.

Se le heló la sangre en las venas cuando vio la mirada del hombre sobre él, con esa sonrisa diabólica en sus labios agrietados y purulentos. Sintió que un líquido caliente corría por sus piernas, ensuciándole los pantalones. La voz era cada vez más cavernosa y terrorífica. Los rostros de los que estaban allí se volvieron

AUTOR, PERSONAJE

DAMIÁN NERI OSORIO

No pude esperar al sorteo de junio para acariciar la oportunidad de tener para mí alguno de los personajes más cotizados que ofrece la Agencia.

Llevaba varios meses escribiendo historias que tenían como protagonista al mismo sujeto. No es que no me gustara la forma en que ese protagonista hacía lo que yo plasmaba con los tecleos de mi ordenador, ni mucho menos era que no me agradara como persona... je. Personaje. Simplemente quería que mis historias tuviesen un héroe diferente.

Así que fui con Igor Trovotskyn.

Verán, yo conocía a Trovotskyn por un cuento que leí de uno de mis compañeros de la Agencia de Escritores. Les juro que quedé fascinado por cómo Trovotskyn hacía todo lo que mi compañero le encomendaba hacer en su historia. Asumía su papel de protagonista con un aire lleno de

energía y tomando siempre la iniciativa, como un héroe verdadero tiene que comportarse.

Y no es que mi compañero fuese un gran escritor, ¿para qué les miento? En la Agencia hay escritores pésimos pero que brillan de vez en vez, no por méritos propios sino porque han sabido elegir a sus personajes. Es que la elección de personajes, y sobre todo de un protagonista, pesa mucho en lo que se quiere contar.

Como les decía, leí la forma magistral en la que Igor Trovotskyn actuó dentro del cuento de mi compañero (pues reivindicó por qué era el protagonista) y de inmediato quise que él estuviera en uno de mis cuentos.

No es que fuese un mal escritor y quisiera colgarme de la genial manera en la que Trovotskyn hace su trabajo como personaje, pero es que yo había pensado en un gran cuento

generaciones como arquetipo de una humanidad que sobrevive siempre, que siempre cae y que siempre se levantará, porque hay y late dentro de ella una vida que trasciende la mera existencia biológica, la mera voluntad de sobrevivir; una fuerza cardinal venida de las profundidades del hombre y que MILLER descubre y quiere poner en evidencia.

El autor se me presenta como un hombre extraño. La guerra afectó su fuerza moral y, a pesar de su afán por ser un hombre religioso, las reservas psicológicas no le alcanzaron. El entorno, el desencanto —tal vez— de aquello que lo asombró en un primer momento y una creciente depresión, que lo aparta incluso de su propia familia, lo llevan a suicidarse a los ochenta años.

Me queda, sin embargo, el primer MILLER, el joven azorado ante el dolor, la destrucción y la sinrazón; el joven escritor que rescata al mundo de un caos casi inevitable, que le da un nuevo sentido... una forma nueva e imperecedera.

Si ello será posible o no, si la humanidad finalmente se corromperá igual en una especie de fracaso existencial desparramado en una locura tecnocrática, que lo alienará cada vez más del entorno real y del prójimo, MILLER no lo dice. Ni quiso decirlo.

Le queda al lector, por lo tanto, elegir un final.

© CRISTINA E. CHIESA, 2013.

CRISTINA ENRIQUETA CHIESA
(Argentina —Rosario, 1957—)

“Canalla” irredimible, se inició en el ámbito de la ciencia ficción con “Tu alma se encontrará a sí misma sola” (*Axxón* 195), lo que la llevó a descubrir otros universos, como el *rock* clásico de los ochenta.

En *NM* publicó “El Viajero” (# 16) y “Taxidermia” (# 24).

sin prisa hacía él. En ese momento pudo reconocer a la *nurse*, al resto de los pacientes y a todos sus compañeros; también estaban allí el repartidor de pizzas, los policías que patrullaban su cuadra y todas y cada una de las personas con las que se había cruzado cada día de su vida.

—Al fin has venido hasta nosotros. Fuiste el más difícil de despertar pero ya estás aquí, respondiendo a la llamada que ha comenzado. Ven, Tomás, no te resistas. Es hora de que te nos unas.

Las carcajadas siniestras llenaron el recinto. Antes de echar a correr, vio cómo el señor Liberman comenzaba a mutar en un asqueroso ser verde, de varios metros de alto y con cabeza de calamar, al tiempo que todos repetían sin cesar “Cthulhu, Cthulhu”. Aún resonaban estas palabras en su cabeza cuando alcanzó la calle y corrió como un poseso. El cántico lo perseguía a donde fuera. Corrió sin parar, buscando algún refugio conocido. A lo lejos divisó la estación de policía y se encaminó hacia allí sin pérdida de tiempo; al llegar, grande fue su asombro cuando leyó el cartel sobre la entrada al lugar: “The Arkham Gazette en Español”. Quedó inmóvil, tratando de ordenar sus pensamientos. Todo allí había sufrido cambios; jamás existió un periódico con ese nombre en ese lugar. Concluyó que aquél no era su barrio ni su comunidad. A través del ventanal de lo que tendría que ser la estación de policía vio gente caminando de aquí para allá, con los brazos a los lados, como si fueran zombis. La imagen de un hombre en la flor de su edad, de ca-

bellos castaños y ojos celestes —con mirada de pánico—, era lo único real allí; su propia imagen reflejada en la puerta de vidrio que daba acceso al periódico. Mientras se contemplaba a sí mismo, al borde de la locura, el cántico volvió a oírse con gran nitidez y todos los rostros del interior se volvieron al unísono hacia él. Vio el mismo resplandor verde en sus miradas y esa sonrisa maligna que ya había contemplado en los otros.

Huyó en otra dirección, tratando de encontrar auxilio en alguna parte. Se dirigió a la plaza central, donde se encontraba el hospital, y quedó horrorizado cuando en su lugar vio un edificio de aspecto tenebroso, en cuya entrada se podía leer en letras góticas “Universidad Miskatónica”. Miró desesperado a su alrededor; algunas personas comenzaron a acercarse, pero no eran personas normales. Todos eran zombis buscándolo a él.

—Ya no huyas, Tomás. Las estrellas se alinearon y es nuestro tiempo. El tiempo de que Cthulhu y sus semillas estelares se apoderen de la humanidad y establezcan su dominio sobre este estúpido planeta.

La atronadora voz de quien fuera el señor Liberman se oía a través de las calles y parecía ir tras él con la intención de apresarlo. Tomás siguió corriendo hasta llegar a la entrada del pueblo. Más allá de los límites sólo alcanzaba a ver niebla. Apenas podía respirar con normalidad debido a la corrida; se inclinó y apoyó las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Cuando se incorporó, sus ojos se posaron en el enorme cartel

de bienvenida de la entrada a la pequeña y pintoresca comunidad de Costa Azul de las Sierras, pero no era este nombre el que figuraba allí. Abrió los ojos horrorizado y se cubrió la boca para frenar el alarido que pugnaba por salir cuando en su lugar leyó: “Bienvenidos a Arkham”.

—Bienvenido, Tomás....

Una carcajada aterradora y profunda perforó sus oídos. Fue lo último que escuchó antes de verse envuelto en los tentáculos verdes que poco a poco comenzaron a triturarlo.

Tomás Perdomo despertó bañado en sudor; un alarido escalofriante salía de su boca en el preciso instante en que abrió los ojos. Aún respiraba con dificultad cuando saltó de la cama y se dirigió veloz a la puerta de entrada. Cuando salió, sólo lo recibió el silencio. Contuvo la respiración, pero pronto la explosión característica del motor de la vieja cachila del vecino se hizo

oír. El sudor frío todavía le recorría la espalda cuando vio pasar al patrullero para hacer su cambio de guardia; los policías lo saludaron con la mano, como acostumbraban cada día.

Casi lloró de alegría cuando oyó los ladridos de cada mañana. “Una pesadilla; sólo fue una maldita pesadilla”, pensó, mientras controlaba el llanto desesperado que pugnaba por apoderarse de él. Antes de meterse en la casa cerró los ojos, respiró hondo y levantó el rostro hacia un cielo que ya estaba quedando azul pálido. Sacudió la cabeza y sonrió, prometiéndose que ya no leería cosas que le alteraran sus tranquilos sueños.

La puerta de la casa de Tomás se cerró. En la vereda de enfrente, oculto entre las sombras, el señor Liberman observaba con una sonrisa siniestra y un brillo verde en los ojos. En ese momento, el muchacho de la pizzería pasó como un autómatas a su lado e intentó sonreír, pero sólo logró esbozar una mueca parecida.

© PATRICIA K. OLIVERA, 2013.

PATRICIA K. OLIVERA (PATRICIA O.)
(Uruguay, 1970)

Vive en Montevideo. Publica textos de su autoría en las ciberbitácoras que administra y en otras donde participa. Ha colaborado en revistas literarias de la red de distintas partes del mundo. Actualmente colabora en **miNatura**, **Revista Literaria Palabras**, **El Descensor**, **Pseudónims** y **LaFanzine**. Tiene su propia columna de micros (“Desvaríos de Musas”) en **La Pluma Afilada** (<http://laplumaafilada.es>).

No tiene libros publicados, pero comparte espacio con otros autores en varias antologías poéticas y de relatos.

a la quema posterior a la guerra, y convirtiendo el cuidado de la Memorabilia en su razón de ser. No más de cinco personajes bastan y sobran para presentarnos rotundamente cómo es el mundo superviviente. Magistralmente se marcan las pautas de lo que será el nuevo comienzo de la Humanidad. El año 3174 (“Fiat lux”) equivale a nuestros siglos XVII y XVIII. El convento es el primer edificio desde nuestros días en generar luz eléctrica. Allí, el abad debate con un científico laicista y refuta su pretensión de declarar incompatibles la fe y la razón y la ciencia.

Finalmente, seiscientos años después (“Fiat voluntas tua”), en el año 3781, el Hombre ha vuelto a su recuperado esplendor y a realizar viajes espaciales. Ya existen colonias humanas en otros planetas habitables, pero de nuevo aparece el riesgo de una guerra nuclear. El instante más intenso surge en esa última parte, con la aplicación de la eutanasia en los enfermos afectados por la radiación y como excusa, presentándonos el verdadero dilema moral, donde el abad de Leibowitz discute con un médico, funcionario público de un Estado totalmente antirreligioso, en defensa de la vida humana y contra lo que hoy llamamos “cultura de la muerte”.

En este capítulo campea la amenaza de la destrucción, que volverá a estar más presente que nunca, y en el que la última esperanza reposará, como siempre, en la orden religiosa que da nombre a la novela. La religión como soporte de la civilización.

Porque WALTER MILLER, el converso, quiere creer; desea creer que el hombre es más que un pedazo de carne destinado a ser destruido por fuerzas cósmicas o intramundanas, un ser que nace y muere por nada o sujeto a los vaivenes oscuros de una psiquis derruida...

No niega el mal, la astucia ni la mezquindad, que incluso se da entre los personajes eclesiásticos, donde la política del mantenimiento del statu quo predomina sobre la piedad y la misericordia.

Pero MILLER, el MILLER que anhela la imagen de Dios en su alma, el MILLER asombrado ante el maravilloso descubrimiento de ese mundo ordenado y seguro, no salva a la Tierra de la destrucción final, pues los poderes políticos nunca se dan por vencidos hasta no dejar más que una tierra yerma, la nada.

Sin embargo, esboza una chance. Por un lado, el traslado de una porción de población, al mando de un monje, que despegará de la Tierra en busca de otros mundos donde sembrar la nueva simiente de la vieja tradición. Por otra parte, y paralelamente, un nuevo ser que de pronto surge del horror, de la enfermedad y la deformidad nuclear de la Tierra; una especie de individuo sin mancha —que no se sabe si se repetirá en otros seres— y que se basta a sí mismo, sin culpa, sin dolor, sin odio hacia nadie, como el primer nacido que jamás fue tocado ni maculado por Caída alguna.

Mención aparte merece un eterno peregrino, figura del pueblo hebreo errante, un ser que no muere y que se mantiene indemne a través de las

“Fiat lux”, en 3174, y “Fiat voluntas tua”, en 3781. La acción se desarrolla en la imaginaria abadía de la Orden de San Leibowitz, ubicada en el desierto norteamericano de Utah. Los monjes se consagran a salvaguardar el conocimiento científico para las generaciones futuras, tras un holocausto nuclear que ha asolado la Tierra en los años sesenta del siglo xx. Todo “en un ambiente de profunda y rigurosa ortodoxia católica”, como dijo algún comentarista de la obra. Nos encontramos, así, con la vida en una abadía, custodia del último vestigio de tradición de un mundo arrasado, constituido por islas humana que luchan entre sí por la supremacía en algunos territorios aún apetecibles, más grupúsculos de subhumanos o mutantes —seres que han sobrevivido al holocausto nuclear con deformidades atroces, transmitidas de generación en generación— y, como telón de fondo, una especie de tierra hostil, desangrada, árida, desatinada, que sólo encuentra un sentido dentro de los muros del convento, donde el orden y la disciplina, más la creencia siempre presente en un Dios trascendente, marcan el reloj diario de los monjes, no todos por convicción, pero sí como formando parte de una única forma de volver a existir como civilización.

En esos personajes efímeros, pero enormemente relevantes, MILLER refleja el enorme anhelo de su alma: el ansia de orden, la voluntad de creer en una ley superior que trascienda la barbarie, la disciplina de los días que se sucedan de alguna forma marcados por un reloj sin sobresaltos. Es lo que los monjes de San Leibowitz hacen: orar, leer, copiar los viejos textos del legendario personaje llamado Leibowitz; en realidad, Isaac Edward Leibowitz, un ingeniero electrónico judío que en el último cuarto del siglo xx, ya después de la guerra atómica, se convierte al catolicismo y se consagra a esa misión de salvar la ciencia, como custodio y defensor de los libros en una época oscura y sepultada, y que muere mártir a manos de la bárbara turba a la que había quedado reducido el género humano.

Este libro difícil de definir, conmovedor hasta las lágrimas, me deja un regusto a *Señor del Mundo* (*Lord of the World*, 1907), de ROBERT HUGH BENSON (1871-1914), sacerdote anglicano convertido al catolicismo en 1903 (obra magistral de las letras inglesas —una de las primeras distopías modernas—, en la que también se describe un fin del mundo y la visión religiosa de una lucha entre las potencias inferiores y los hombres de Cristo); a *Su majestad Dulcinea* (1956), de nuestro prolífico, casi desconocido y extraordinario LEONARDO CASTELLANI (1899-1981), inspirado en el anterior, o a *Fahrenheit 451* (1953), de RAY BRADBURY (1920-2012).

En la ficción creada por MILLER, el año 2560 (“Fiat homo”) equivale nuestra Edad Media, cientos de años después de un holocausto nuclear que ha sumido al mundo en una nueva edad oscura. La ciencia, causante de todos los males, es perseguida, y sólo encuentra cobijo, curiosamente, en la Orden Albertiana de San Leibowitz, dedicada a cuidar los libros que sobrevivieron

UNA NOCHE MÁS

RICARDO G. GIORNO

Revoleando giles, la parca aparca en la milonga.

El Taita Oviedo la relojea; sabe que viene por él. Ladea la boca en una sonrisa mortífera y apaga el faso con el taco de las botas.

Y a ella, a la mismísima parca, le come la trompa de un beso.

—¡Demoledor! —le gritan los giles—. ¡Capo!

Es sólo bicharlos que el Taita Oviedo se encoje de hombros y se muerde el labio mientras niega con la cabeza... y piensa: “gilún nacés, y gilún vas a morir, qué lo parió”.

Sabe que la parca lo mide, que recula ante la música, indecisa. Y él avanza y le cabecea un convite. Y la parca suspira. Y no puede evitarlo y se abraza y se pega a ese cuerpo varonil.

Y se entrega.

Y el piso de madera se incendia al compás del fuelle cuando el Gor-

do Troilo arranca con “A puro guapo”.

Y sí, el Taita Oviedo es guapo. Cuerpea el centro del salón. Sus botas son las agujas de una bordadora que dibuja eternamente lo mismo: engaño.

La parca, embrujada por lo que oye, encadenada a la pasión que la conmueve, atravesada por la cadencia que la cautiva, por una noche dilata su deber. Hasta se olvida que ella misma se llevó a Troilo, y que el Gordo se debe reír de lo lindo desde el cielo tanguero.

¿Y después? Después la milonga engancha con “Halcón negro”. Y ahí el Taita se juega lo que se tiene que jugar: el brazo enroscado al talle, la mejilla contra la frente de ella, el pecho pegado al pecho... y es él quien manda, quien conduce.

Espera una tercera, que no tarda en llegar: “La puñalada”, y la sapiencia

de D'Arienzo los enciende con ese compás, con ese ritmo del infierno que descontrola el cuerpo y seduce a las piernas.

—Yo... —Por fin él le susurra al oído de ella—. Yo no soy el Taita Oviedo.

Y ella asiente sin hablar, perdida. Olvidada de su tarea, de sí misma, mientras marca la exquisitez de la trampa en perfectos ojos, mientras con cada quiebre desencadena su propio quiebre.

La eterna noche clarea en retirada cuando el tango se apaga...

¡La noche sin fin se va a descansar! Oviedo enciende otro cigarrillo.

Y la ceniza compone un muro perfecto. Y la parca le pierde el paso al Taita, imposibilitada de verlo en la exacta conjunción del humo con la claridad matinal. Y por fin cae en la cuenta. Se marcha, derrotada bajo los acordes de “El día que me quieras”.

Él la ve partir y por fin muestra los dientes; marfil amarillento de macho conocedor. Y se las toma de la milonga, taconeando al ritmo del triunfo: “Si soy así, qué voy a hacer...”.

Una noche más.

© RICARDO G. GIORNO, 2013.



RICARDO GERMÁN GIORNO
(Argentina —Buenos Aires, 1952—)

Miembro de La Abadía de Carfax, en **NM** publicó “Sólo trabajo” (# 1), “Gómez y Ricuti” (# 3), “Las moscas son las primeras en darse cuenta” (# 5), “¡Oh, el fútbol!” (# 10), “Dolores que se pasan” (# 12), “El tiempo es un capricho que nos imponemos” (# 14), “Argentina potencia” (# 17), “Bellar” (# 18), “La sangre no sueña” (# 21) y “¿A vos te parece?” (# 23).

UN LIBRO SINGULAR

CRISTINA E. CHIESA

Cuando me enfrenté a *Cántico por Leibowitz* (*A canticle for Leibowitz* —1960—, ganadora del Premio Hugo en 1961), de WALTER M. MILLER, JR. (1923-1996), lo hice bajo el prejuicio de encontrarme con una novela típica de lo que el común de la gente entiende por “ciencia ficción”.

Esperaba hallar la perspectiva de costumbre: un mundo demolido, la insoportable carga de la vida en una especie de desesperanza sin fin, la existencia extrapolada hacia otros mundos tecnificados y la miseria humana sin redención...

El relato de MILLER no escapa a ello, pero lo que lo diferencia es la perspectiva, pues surge como una especie de reacción de orden espiritual ante la absurdidad de la guerra.

La destrucción gratuita y caprichosa del histórico monasterio benedictino de Monte Cassino, en 1944, considerado la cuna espiritual de Europa, una de las acciones más discutidas de los aliados, en la que —con veintidós años y a bordo de uno de los bombardeos que arrasaron el convento— MILLER fue partícipe involuntario, desató en el autor un oscuro sentimiento de carga, o de compunción, que lo llevó a convertirse posteriormente al catolicismo. Mediante esa conversión, conoce lo que es la Iglesia; conoce la belleza del ritual, su orden, su impertérrita disciplina, pero también sus pies de barro.

La sensibilidad del autor y una convicción religiosa que nunca ocultó se despliegan a lo largo de la novela. Dividida en tres partes, cada una corresponde a una etapa de la historia: “Fiat homo” transcurre en 2560;